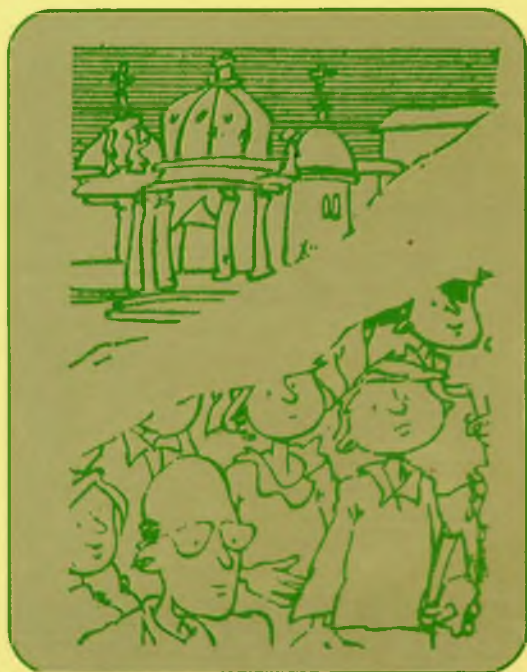


TIEMPO DE HABLAR

REFLEXION Y PRACTICA MINISTERIAL

DECIAMOS AYER...

«Quince años del MO-CE-OP»



Extraordinario con ocasión del
III CONGRESO

NUESTROS PRESUPUESTOS

1. **Una Iglesia en marcha.**—NOS SENTIMOS ELEMENTOS ACTIVOS EN UNA IGLESIA QUE SE VA CONSTRUYENDO DE CONTINUO. La convocatoria de Jesús es viva, sorpresiva, incesantemente recreadora.
2. **La Buena Noticia.**—QUEREMOS ESTAR PRESENTES ENTRE LOS HOMBRES, COMO SIGNO Y BUENA NOTICIA. Este intento nos constituye como comunidades de Jesús.
3. **La pequeña comunidad de corresponsables.**—APOSTAMOS RADICALMENTE POR LA DESCLERICALIZACION. Vivimos la fe desde comunidades que quieren seguir creciendo a más frecuentes e igualitarias.
4. **La dignidad de ser hombres.**—QUEREMOS SER SIGNO COMO CREYENTES Y COMO HOMBRES QUE LUCHAN POR ALCANZAR UNA PLENITUD HUMANA. La libertad para elegir estado y hogar, la transmisión de la vida, como dones de Dios, son para nosotros derechos no sometidos a ninguna imposición ni ley.

NUESTROS OBJETIVOS

A. **Global, panorámico:** EL REINO DE DIOS, posibilitado desde la evangelización, impulsado por comunidades de creyentes y vivido en germen dentro de ellas con una efectiva corresponsabilidad.

B. **Específico, diferente:** Colaborar intensamente al REPLANTEAMIENTO DE LOS MINISTERIOS EN LA COMUNIDAD: DESCLERICALIZAR los ministerios.

C. **Operativos:**

- Potenciar focos que irradian este espíritu, atendiendo las peculiaridades culturales de cada zona.
- Comprometernos en este replanteamiento de los ministerios, deshaciendo en lo posible los malentendidos.
- Concretar en cada zona los medios a utilizar en cada momento. Sugerir y comunicar pistas de actuación.
- Impulsar la desclericalización en nuestras comunidades.
- Reivindicar en cada caso que se presente la no vinculación obligatoria de ningún ministerio a un sexo o a un estado de vida.
- Luchar por el reconocimiento de los derechos humanos dentro de las comunidades de creyentes en Jesús.
- Servir de aliento y apoyo a las víctimas del celibato: personas y comunidades.
- Animar a que se eludan procesos de secularización.
- Buscar cauces de cara al gran público, que puedan ayudar a que tanto creyente sencillo se aclare en este tema.

Equipo de Redacción:

Ramón Alario
Julio P. Pinillos
Félix Barrena
José Félez
Francisco Cristino
Alfonso Gil

Dirección postal:

MOCEOP
Apartado 39003
28008 Madrid

Depósito Legal:
M-283272 1986

Para ayudas económicas:

C/c. núm. 3.799-70
Agencia núm. 53
Banco Central
Arroyo de las Pilillas, 1
280030 Madrid
Tel. 682 10 87
(Tere Cortés)

Decíamos ayer...

En vuestras manos, un resumen.

Parcial inevitablemente. Con el deseo de que nos sirva como recordatorio o como carta de presentación.

El movimiento que acoge e impulsa el congreso internacional de agosto, quiere, con estas páginas, ofrecer algo de lo mucho que ha vivido y vive.

FECHAS DE NUESTRA HISTORIA COMO MOVIMIENTO

Primeros pasos. Tanteos. Lanzamiento. (1.977 - 79)

«**TIEMPO DE HABLAR**», Núm. 0 (Febrero 79)

- «**I ENCUENTRO ESTATAL**» (Marzo 82) Presupuestos. Objetivos
Nos damos una estructura funcional.

I Sinodo internacional». (Chiusi, agosto 83) Invitados

- **II ENCUENTRO GENERAL**» (Junio 84) Constantes y retos
Nos afianzamos como movimiento

II Sinodo Internacional» (Verano 85) Ariccia. Hacia un movimiento universal. Debate abierto. Comité gestor.

- **III ENCUENTRO (ASAMBLEA) GENERAL** (Mayo 86) Los ministerios de la comunidad como tema vertebrador

I Congreso de la feder. Inter. (Verano 87) Ariccia. Un canto al retorno (Retornados. No «reducidos») Reivindicación del laicado.

- **IV ASAMBLEA GENERAL** (Octubre 88) Servidores desde la libertad.
Gran aportación experiencial

I Congreso Latinoamericano (Enero 90)

- **II CONGRESO INTERNACIONAL** (Verano 90) Doorn (Holanda) En un mundo nuevo, un ministerio nuevo
- **V ENCUENTRO ESTATAL** (Alcobendas, Octubre 91)

A MODO DE JUSTIFICACION

En tus manos tienes, amigo lector hispanohablante —otros lo traducirán al francés o al inglés—, trozos palpitantes de quince años de vida del MOCEOP. ¡Cuánto nos alegra podértelo ofrecer como primicia, si por primera vez accedes a nosotros, o como recordatorio, si eres de los que juntos caminamos desde el año 77!

¿Por qué nos atrevemos a ofrecer estos trozos de vida? Tres razones de principio y fundamento.

Un Congreso Mundial: Es el tercero. Que se grave la cita: Madrid, 18-22 de agosto 93. Veinte países, de los cinco Continentes, ya han decidido su participación y han enviado, con el rigor requerido, su punto de vista en torno a los tres ejes fundamentales de este Acontecimiento: experiencias pastorales-ministeriales que estamos viviendo (a), nuestra participación concreta en lo que se refiere a la igualdad del hombre y de la mujer en la sociedad y en la Iglesia (b), qué dicen nuestros hijos sobre la Fe-Iglesia que les transmitimos... qué opinan de que su padre —en algunos casos— sea cura (c). No nos iremos por las ramas, ni nos encerraremos en cuestiones clericales, ya que pretendemos arañar el futuro: cómo hacer nacer o apoyar comunidades cristianas comprometidas y corresponsables, servidoras del hombre en los albores del siglo XXI... Cómo debe ser el servidor/a de esa comunidad eclesial.

El Moceop, anfitrión de calidad: La Federación Internacional de Sacerdotes Católicos Casados ha encomendado al MOCEOP la organización de este Acontecimiento. Por algo será. Conoce bien nuestro árduo y ya largo caminar. Bien sabe que no nos hemos quedado en la superficie. Hemos hincado el diente en cuestiones vitales para nuestra Iglesia, testigo de Jesús Muerto-Resucitado: compromiso con el hombre concreto («qué le pasa a tu hermano») pasión por Jesús de Nazaret y servicio a la comunidad cristiana en todo lo que pida de nosotros. Sin concesiones a la añoranza clericalista y sin sometimiento a lo establecido, por establecido. Sin rebeldía, pero sin concesiones al autoritarismo.

Un gran instrumento: «Tiempo de hablar»: Él ha sido el vehículo portador de nuestra persistente búsqueda. Quince años de apertura le han permitido hablar de tres o cuatro quicios en torno a los cuales gira —así lo creen el MOCEOP y la Federación Internacional a la que pertenece— la renovación de la iglesia de Jesús, a la que queremos.

Ahí va parte de nuestra vida.

MAS ALLA DE LA REIVINDICACION

ALGO MAS QUE MO-CE-0P

Habernos lanzado a la calle con el lema «PRO CELIBATO OPCIONAL» comporta grandes dosis de «reivindicación». No lo negamos. Es más: somos conscientes de que en nuestra Iglesia —también— hay mucho terreno por conquistar en favor de los «derechos humanos». Es excesivo, y pensamos que injusto e infructuoso, el «sufrimiento» de tanto cura —y de sus compañeras— lanzado a la mutilación afectiva o mental. Son sangrantes las injusticias que todo esto origina: discriminación, degradación, expulsión, «reducción»..., e insultantes para el Evangelio las secuelas de marginación apoyadas y justificadas por una ley como la del celibato.

Pero somos conscientes de que embarcarnos en todo un movimiento eclesial por la supresión de esa ley ha de ir mucho más al fondo. Reivindicar —sin más— un derecho humano puede solucionar muchos problemas humanos angustiosos. Pero podría ser una expresión más de CLERICALISMO. Y es aquí donde queremos ser reiterativos: la ley del celibato y sus secuelas no es una cuestión de curas. NOS AFECTA A TODOS. Y llegar a esta convicción es un paso decisivo para desterrar de nuestras relaciones el clericalismo.

CLERICALISMO es poseer, vivir o padecer una panorámica de la Iglesia como algo parcelado, estamentalizado, seccionado en «cotos»; una visión que potencia la separación, la atomización de los problemas. Y aceptar que uno de esos estamentos —los clérigos— se sientan garantes de casi todo: son los que saben y deciden, los «técnicos», los «cercanos a Dios».

Como todos los liderazgos abusivos, también éste se padece al mismo tiempo que se potencia; nos lo imponen, pero le damos fuerza en la medida en que no hacemos por enterrarlo.

* La primera «consecuencia» de esta forma de destrozar al Pueblo de Dios, es el surgimiento de unos «personajes maniqueamente divididos»: hace falta anular parcelas de la vida de los curas —trabajo, política, afectividad— para que ese poder monopolizador quede aureolado con un carácter sagrado. Son muchas las dictaduras camufladas a lo largo de la historia con un «por la gracia de Dios»... Si hacemos recaer sobre unos hombres la responsabilidad, decisiones y derechos que son de todos, necesitamos que sean diferentes, para no sentir mala conciencia. Y los convertimos en personajes.

* La segunda consecuencia es la otra cara de la moneda: el pueblo llano padece una crónica minoría de edad, con todas las secuelas de lo injustamente impuesto... Son otros los seres especiales capacitados para hablar y opinar de Dios. El laico normal queda reducido a ser un ejecutor sumiso... a no ser que prefiera dejar de ser «normal» y así acceder al poder sacral.

* Lógica y consecuentemente, en tercer lugar, la vida de la Iglesia queda marcada por los esquemas mentales de personas que han aceptado la carga de ser «casta», de no ser normales. La moral, la teología, la política, etc., llevan la impronta de personas que «no viven» sino que «piensan la vida» normal desde parcelas incontaminadas.

Malparada queda con toda esta situación la figura de un Jesús que quiso ser «laico», que no perteneció al grupo sacerdotal, para así romper con una religión de separados.

En no mejores condiciones queda el Dios Bíblico que contagia secularidad: que invita a la trascendencia, pero desde la vida; que se mete en la historia —se encarna— para romper todas las servidumbres del hombre. Dios deja de ser el Todopresente, adorable «en espíritu y en verdad», para ser de nuevo confinado en Garizim o en Jerusalén, perfectamente custodiado por sus «expertos».

Cuando reivindicamos la supresión de una ley que estimamos injusta, hay que hacerlo —pensamos— atacando sus raíces: tratando de desmontar todo clericalismo. Si no, nos quedamos en lo anecdótico, aunque aquí lo anecdótico amargue la vida de tantas personas. Y ese ataque frontal y decidido debe surgirnos desde y porque somos gente de Iglesia.

No se trata, por tanto, de reivindicar un derecho para un estamento ya de por sí privilegiado. Sino de luchar por un NUEVO ROSTRO DE IGLESIA —objetivo central del Concilio Vaticano II—. Queremos rescatar una fe y una comunidad de creyentes de una de sus grandes mordazas: el clericalismo.

Así lo entienden tantos creyentes como los que en este número se expresan: laicos «normales», gente de «a pie». Su aporte crítico ante toda imposición u opresión ha sido decisivo para la «laicización» de tanto cura que hoy se encuentra —gracias al Dios de la vida y de la historia— con una identidad menos definida, pero con una fe más normal en la vida y en los hombres, lugar del encuentro con el Señor.

(TIEMPO DE HABLAR, n.º 2.
septiembre 1979)

* * *

DERECHOS HUMANOS

RADIOGRAFIA DE UNOS DERECHOS NO RESPETADOS

En el fenómeno de los curas casados en el occidente católico —con o sin papeles, con permiso canónico o con rescripto negativo— se hace ostentosa en forma llamativa la violación de una serie de derechos. Y esto, sin necesidad de enzarzarnos en el relato de casos particulares, que potenciarían al máximo la dramaticidad de tantas historias. Derechos tal vez no pormenorizados en ningún articulado, pero clarísimamente contenidos —creemos— en la dignidad de toda persona y de todo creyente.

Vamos a intentar explicitar, en un breve recorrido, lo que bien podría ser un relato biográfico típico.

A.—Etapa de crisis. Vivencia en propia carne de la incompatibilidad legal de responder a dos llamadas: quien en los albores de la madurez puso su vida al servicio de la comunidad eclesial y fue encontrado digno para ello, capta otra llamada igualmente profunda a vivir el amor en pareja. El derecho a casarse y fundar una familia, bloqueados por una situación legal en la que te encuentras por haber sido fiel a tu conciencia y a un servicio pedido por tu comunidad de creyentes.

B.—Etapa de clarificación. Tremendas dosis de oscurantismo y clandestinidad: lo que para cualquier otra persona es motivo de alegría, expresión y comunicación, es vivido en ocultamiento y sigilo clandestino. Cuántas libertades quedan relegadas y pisoteadas en un proceso como este. Cuánto tapujo y mentira obligadas.

En caso de decidir la salida «legal», el procedimiento para obtener la secularización —el permiso— puede ser analizado como un ejemplo difícilmente superable de aplastamiento personal: presunción de culpabilidad, interrogatorio humillante, mentiras sutilmente aconsejadas, juicio encubierto con culpable sumiso y resignado a lo que sea para obtener los papeles.

En caso de aventurarse por las sendas de la «irregularidad», la situación no es más halagüeña: pasas a cargar con una doble rebeldía, rompes una relación legalizada con la institución; los más radicales se tranquilizarían endosándote una excomunión.

C.—Después del proceso. Lo normal y habitual es que te encuentres de golpe «en la calle y con lo puesto». Los años de trabajo a tiempo pleno, la dedicación total y sin condiciones, quedan recompensadas en algunos casos con un «que Dios te ayude», en otros, ni siquiera con esta limosna eufemística. ¿Dónde quedan el derecho a una seguridad, a un despido digno, a una jubilación apropiada en ciertos casos...?

Quien haya estudiado detenidamente el rescripto de secularización, podrá constatar con nosotros el autoritarismo paternalista que condena al solicitante —«reducido al estado laical»— a una situación sublaical: le quedan vetadas hasta tareas y cometidos que puede realizar cualquier creyente... Esto sí, para amonestarle finalmente sobre la importancia de que siga siendo miembro fiel de la iglesia.

De forma casi inevitable, el cura casado pasará a engrosar ese colectivo que cautelosamente nos atrevemos a llamar «desaparecidos a causa de una ley en nuestra iglesia».

MAS EN PROFUNDIDAD: OTROS DERECHOS NO RESPETADOS

Lo anteriormente expuesto es válido; pero incompleto. Nos quedaríamos —de no avanzar— en una óptica legítima pero parcial. Tras los derechos individuales no respetados, descubrimos otros de mayor amplitud y trascendencia igualmente orillados.

A.—En primer lugar, por supuesto, el derecho de toda comunidad de creyentes en Jesús a celebrar la Eucaristía, a decidir creativamente sus ministerios y a encomendarlos a quienes considere más idóneos.

Derecho éste condicionado siempre y anulado en muchas ocasiones por la vinculación jurídica del ministerio presbiteral a un estado de vida y a un sexo. La sustantivación de un ministerio en un estado clerical termina condenando a la desaparición progresiva de los derechos de una comunidad de adultos y corresponsables; un ministerio termina acaparando todos los demás, y en caso de faltar deja inerte a la comunidad que le da sentido.

B.—El derecho de cada creyente —hombre o mujer— a tomar parte activa y sin ningún tipo de discriminación en todas las tareas que construyen y proyectan a cada comunidad.

Derecho éste anulado siempre por la vinculación del ministerio presbiteral a un sexo, y violado de forma sistemática por la exclusión fáctica de la mujer de casi todos los órganos de reflexión, análisis y decisión institucional.

C.—El derecho de todo creyente a seguir su propia conciencia y a ser fiel a la llamada de Dios y de los hombres desde sus peculiaridades personales, situaciones y culturales: a crear un modelo propio y personal de seguimiento a Jesús.

Derecho éste prácticamente anulado —o al menos celosísimamente dificultado— con la canonización de unos cauces y mediaciones frente a otros, con la identificación excluyente de la fe en Jesús con unas formas concretas de vida, válidas pero parciales.

D.—El derecho de cada comunidad al pluralismo ministerial y a la realización creativa y abierta de cada ministerio en función de las demandas sociales, culturales y geográficas concretas.

Derecho éste encorsetado y prácticamente impedido por la sustantivación del ministerio presbiteral que intenta asumir todos los carismas comunitarios y con pretensiones de uniformidad universal.

Estas reflexiones y denuncia fraterna sólo pretenden que todo el Pueblo de Dios nos veamos con menos idealizaciones y sin desfigurar aquello que el espejo nos devuelve. Si estamos llamados a ser «sacramento de salvación —signo y realización de lo que creemos— hemos de cuidar lo que realizamos para concluir con valentía y sin tapujos ideologizantes de qué somos signo.

Nuestra denuncia —recuerdo— y defensa de otros derechos violados por otras instituciones y en otras instancias, sólo pueden ser legítimos y coherentes cuando entre nosotros luchamos sin respiro y sin desánimo por desterrar toda violación de derechos y toda discriminación en su disfrute.

(N. 41. - 1989.
Intervención de MOCEOP
en el IX Congreso de Teología.)

UN SIGNO DE LOS TIEMPOS

APUESTA POR UN TIPO DE IGLESIA

Nuestros distintos recorridos vitales —con proceso expreso de «secularización o sin él— nos han ido abriendo a una perspectiva eclesial muy concreta, por y desde la que queremos luchar. En otros casos personales, la opción ha sido plenamente secular, pero (tal vez) plenamente coincidente y complementaria en la lucha por el Reino, en y desde otros frentes.

Queremos luchar por una Iglesia que se sitúa en las coordenadas que a continuación enumeramos. Por ella apostamos. Es claro que para muchos pueden parecer bonitas palabras y declaraciones más o menos teóricas. También sabemos de nuestros fallos e inconsecuencias a la hora de la vida; pero queremos que sean puntos claves de referencia con los que de continuo contrastar nuestra praxis y desde los que pedimos a todos los hermanos nos estimulen a ser consecuentes.

- * Una Iglesia Pueblo de Dios, fraterno, igualitario, en búsqueda y en autoevangelización: que se deja evangelizar por los más necesitados; que rastrea los signos de los tiempos.
- * Una Iglesia comunidad, buscadora del compartir, solidaria, no instalada, comunicadora de esperanza. Luchadora por los más débiles y no aferrada a sus situaciones de privilegio.
- * Una Iglesia que replantea sus ministerios a la luz del Nuevo Testamento. Rompiendo valientemente con cuanto de imitación del reparto y ejercicio de los poderes civiles se le ha ido pegando con el correr de la historia.
- * Unos ministerios que surjan según las necesidades y dones locales; ejercidos en colegialidad; plurales y que rompan con toda la carga «sacralizante» («jerarquía...») pagana y veterotestamentaria. (T. de H., n. 4).
- * Con un ministerio «presbiteral» en concreto, que rompa con los sacerdocios de la antigüedad («un único mediador»); que se enuncie sobre el servicio y no sobre el poder; que asegure la fidelidad al Evangelio, la intercomunidad y animación de la comunidad... como tareas básicas. (T. de H., n. 19).
- * Una Iglesia que dé autenticidad a su predicación con su praxis. Que no condene sus declaraciones a ser palabras vacías de contenido; que predique, sobre todo, con y desde su actuar. En concreto: que su primera batalla por los derechos humanos la libere en su propio interior. Y hemos de reconocer que ahí, entre nosotros, tenemos aún una tarea casi inédita.
- * Una Iglesia que asume como principal tarea de evangelización. Rompiendo con la pasividad y el conformismo que origina la identificación bautizado—creyente. Que se lanza y proclama un profundo y continuo estado de misión.

- * Y que hace esto consciente, convencida de que se constituye en comunidad de creyentes en Jesús en la medida en que se deja evangelizar y evangeliza (T. de H., n. 12).
- * Una Iglesia ecuménica desde la raíz, desde el convencimiento de no poseer la Verdad, desde la creencia de que en la casa del Padre hay muchas moradas. Ecumenismo como el esfuerzo cotidiano por hacer esa casa más grande para brindar sitio a todos. (T. de H., nn. 10-11) Dios como inabarcable: sólo compartiendo lo que de él atisbamos todos los hombres, todas las religiones, podemos aproximarnos a una imagen lo menos deformada posible.
- * Una Iglesia al servicio del hombre; que no tiene ningún derecho a vivir para sí, volcada hacia adentro y que se autodestruye un poco cada vez que abandona ese servicio a los hombres. (T. de H., n. 15).
- * Lo eclesial, hoy, «se convierte en sectario, estéril y antievangélico, si la imagen de Dios más perfecta —el hombre— no es su punto de referencia». Lo ministerial es una categoría fundamental de la Iglesia.

En esta Iglesia —tarea de todos los creyentes— MOCEOP intenta aportar su específico granito de arena. Sin grandes pretensiones, pero con decisión. «No queremos ser un tinglado más. No tenemos pretensiones de llegar a ser un gran movimiento» (T. de H., n. 13). Queremos sencillamente airear con los hechos y las palabras una perspectiva que sí nos parece nuestra, fruto de nuestro recorrido como grupo: cómo una eclesiología vertebrada desde la comunidad, viva, desclericalizada y evangelizadora, en torno a la fe en Jesús, exige replantear radicalmente sin dilaciones y desde cada grupo de creyentes, muchos aspectos que pasan por añejos e intocables en nuestra Iglesia actual: derechos de las comunidades a no ser privadas de sus «ministros»; derechos humanos lesionados; discriminación de la mujer; celibato obligatorio; derecho a la expresión y decisión comunitarias...

Y cómo —es nuestra convicción vital, fruto de nuestro recorrido...— el nudo gordiano de todo este tinglado por transformar, reside en esa separación sacralizante y discriminatoria que se origina y mantiene al imponer como condición obligatoria para el ministerio presbiteral el celibato. Estamos convencidos de que con la opcionalidad del celibato no se habrían enderezado todos los problemas de las comunidades eclesiales. Por supuesto. Pero se habría eliminado una de las barreras que más problemática hacen dicha reforma en profundidad. Y hemos puesto manos a la obra, con la esperanza de estar abriendo —junto a otros muchos creyentes— una brecha importante, decisiva, en todo eso que parecía hasta hace muy poco un muro inaccesible e intocable.

- * En la medida en que la secularización, «las secularizaciones», nos han impulsado a tanto creyente a caminar hacia un Dios menos «poseído», hacia un servicio menos arropado y mediatizado por un «estado», hacia la búsqueda del compartir en una comunidad de hermanos.

- * En la medida en que «las secularizaciones» han colaborado a que tantas comunidades se replanteen la distribución de sus tareas, la asunción de responsabilidades por tanto creyente pasivo hasta entonces; en la medida en que ese fenómeno ha «obligado» a que tanto creyente disperso por «minoría de edad» se vertebre en torno a una comunidad por su aportación de adulto...
- * En la medida en que las «secularizaciones» son una llamada en profundidad a que la Iglesia universal replantee su reencuentro con tantas vetas neotestamentarias perdidas en las cunetas de la historia...
- * En la medida en que la misma «jerarquía» de la Iglesia puede descubrir en «las secularizaciones» una llamada a vivir un servicio más cercano, menos feudal, más evangélico...
- * En la medida en que las «secularizaciones» pueden estar acercando el mensaje de Jesús, a tanto hombre que espera de los creyentes en El signos de liberación, de valentía y de acercamiento...

En esa medida... nos atrevemos a afirmar que LAS SECULARIZACIONES SON UN SIGNO DE LOS TIEMPOS.

(N. 21. 1984)
RAMON ALARIO



SECULARIZACIONES: ¿SIGNO DE LOS TIEMPOS?

La secularización de decenas de miles de religiosas, religiosos y sacerdotes en los últimos decenios es un fenómeno demasiado amplio y serio como para contentarse con explicaciones superficiales.

Desde una visión demasiado tradicional y simplista de la realidad eclesial, la jerarquía católica la ha considerado como una vulgar deserción. Algunos, todavía pocos, vemos en ella uno de los más vigorosos y actuales «signos de los tiempos».

Las secularizaciones y, a su modo, el vertiginoso descenso que han experimentado las vocaciones tanto sacerdotales como religiosas apuntan sin más a la Iglesia del futuro. Para el que quiera leer son un signo del Espíritu; si tanto atribuimos al Espíritu cuando nos conviene, los carismas y vocaciones necesarios para la Iglesia, si vemos en esas llamadas (que eso significa vocación) un don de Dios, ¿por qué no descubrimos en la no-llamada un signo de los tiempos ¿Cómo va a llamar el Espíritu a desempeñar una misión en unas instituciones sin futuro?

Porque el modelo de Iglesia de cristiandad es una institución llamada a desaparecer, por mucho que las altas jerarquías se empeñen en potenciar un movimiento involucionista que pretende restaurar la vieja cristiandad.

La Iglesia de cristiandad no sólo es una modalidad histórica y contingente de Iglesia, sino que, lo que es más grave, constituye una infidelidad objetiva al Evangelio de Jesús. Porque este modelo es el causante de que la Iglesia, al menos en su globalidad (siempre hubo testigos, válidos, individuos y grupos), no aparezca como lo único que nunca hubiera debido dejar de ser, testigo del amor del Padre y SIGNO DE SALVACION. Hay infidelidades secundarias, ésta es radical.

Esta infidelidad se alimenta de un doble movimiento aparentemente contradictorio: sacralización y mundanización.

Estas reflexiones no son fruto de la elucubración del pensamiento. Han tenido un desencadenante: los múltiples contactos estos últimos meses con religiosos y religiosas secularizados. También ellos han vivido una intuición semejante a la antes apuntada para los sacerdotes secularizados, la intuición de la necesaria secularización de la Iglesia y el redescubrimiento de una vocación bautismal que les permite vivir toda la sustancia del ideal que perseguían al entrar al convento. La intuición de muchos se ha encontrado ratificada al incorporarse, de hecho, a una comunidad de base de vida realmente evangélica.

Los sacerdotes, religiosas y religiosos secularizados que tan frecuentemente, por desgracia, se han visto frenados e inmovilizados en la vida espiritual de su nueva situación por un complejo de infidelidad, tienen motivos para superarlo y desecharlo. Históricamente han cumplido un papel muy positivo en la vida de la Iglesia; con la decisión de conciencia que, muchas veces, tan dramáticamente vivieron y que les acarrió incompreensión, rechazo, precariedad de vida, han constituido un significativo nuevo «signo de los tiempos» y son como la avanzadilla de la Iglesia del futuro. Ojalá estas líneas les ayuden a comprender que la secularización no tiene por qué ahogar el evangélico que les animó en su día. Los secularizados más que nadie están llamados a apostar por el seguimiento radical de Jesús y por la Iglesia del futuro.

(N. 52. 1992)

JUAN LUIS HERRERO

DESDE LA RADICALIDAD

«Evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar». (Evangelii Nuntiandi)

I. La «puesta al Día» de la Iglesia pregonada por el Concilio Vaticano II fue un reto, una aventura y un grave riesgo. También un eslogan complejo. Y es que esa consigna podía ser entendida como un «ataviarse» para dar otra impresión más moderna... Esa complejidad explica, en parte, que al surgir problemas en la realización de dicha tarea, se hayan dado golpes de timón en busca de una tranquilidad ya imposible.

Es muy grave ver en esa llamada del Espíritu algo así como la entrada de la Iglesia —«sociedad perfecta», poseedora de la verdad, eterna...— en un instituto de belleza, para hacerse la «cirujía estética». Y es grave, sobre todo, porque desde entonces —tal vez desde mucho antes— nos estamos jugando un apasionante ser o no ser en el mundo actual; ser Iglesia de Jesús o ser otra cosa; servir o vegetar al abrigo de situaciones y privilegios milenarios. Se trataba y se trata, en definitiva, del rescate de una identidad en parte perdida.

Y es que NOS CONSTITUIMOS COMO COMUNIDAD DE CREYENTES EN JESUS EN LA MEDIDA EN QUE NOS DEJAMOS EVANGELIZAR Y EVANGELIZAMOS.

Y eso quiere decir que girar en torno a otros pilares que no sean la evangelización nos puede hacer ser otras muchas cosas (una religión más, una empresa, una multinacional de lo religioso...) pero no la Iglesia de Jesús.

II. Desde esta radicalidad —nos parece— casi todos nuestros enfrentamientos, dudas, optimismos o pesimismos, cobran otra perspectiva:

— Vivimos un simplismo traidor cada vez que la predicación oral sigue aglutinando nuestros mayores esfuerzos. La predicación como primer plano evangélico puede estar convirtiéndose en palabras que van viviendo su devaluación progresiva por no respaldadas en la praxis.

— No nos constituimos comunidad de creyentes por girar en torno a un personaje sagrado, investido de unos poderes religiosos; sino por compartir una fe que nos transforma y nos pide creatividad transformadora.

— No somos guardianes de una ortodoxia enquistada en fórmulas del pasado; sino revulsivos ante un mundo injusto y amenazante, desde la convicción de una fe dinámica, progresiva y en búsqueda.

— En este choque por vivir ese don gratuito de la fe —como comunidad— en un mundo que se sigue gestando, hemos de ir acoplando y descubriendo cómo

organizarnos y repartir tareas —ministerios— para servir al alumbramiento del Reino.

No vivimos, —en el fondo— por tanto, problemas de progresismo o conservadurismo, de politización o espiritualismo; sino diversos niveles de planteamiento de aquella consigna conciliar: DESDE LA RADICALIDAD O DESDE OTRAS INSTANCIAS MAS O MENOS JUSTIFICABLES HISTORICAMENTE.

III. Por esos derroteros tantearon, caminan con esperanza y deseamos ganen en fidelidad, tantos pasos arriesgados de —no sólo, por supuesto— los que formamos MOCEOP:

— Hemos vivido la progresiva disfuncionalidad de la figura de un presbítero excesivamente afincada en lo ritual y en la predicación. Y marcada por un status impuesto por razones histórico—religiosas: nunca surgidas de urgencias evangelizadoras.

— Nos ha plenicado encontrarnos como iguales y corresponsables con otros hermanos creyentes: hemos aprendido mucho de ellos. Nos han convertido a la fraternidad.

— Hemos replanteado nuestra forma de estar entre y con ellos: desde el compromiso y el testimonio diarios; desde la búsqueda comunitaria ante el reto evangelizador.

— Hemos vivenciado como obstáculo a esa evangelización el seguir asumiendo un puesto de casta y representación oficial de una Iglesia jerárquica, entre creyentes que difícilmente pueden acceder a la corresponsabilidad desde esos presupuestos.

— Hemos experimentado que una comunidad puede vivir el auténtico reparto de tareas que exige el tomar en serio aquello de los «diversos carismas»...

— Hemos palpado la relativa inaccesibilidad para el hombre de hoy del Mensaje Salvador, arropado, en vías de una ortodoxia, en tanta escoria histórica.

IV. Por supuesto —desde MOCEOP— nunca hemos intentado que ésta sea la única forma concreta de llevar a la vida y a las comunidades la vocación evangelizadora de todo creyente. Pero creemos tener derecho a que también ésta —la nuestra— sea reconocida como válida, desde esta RADICALIDAD que recordamos.

Nuestro nudo gordiano, nuestro punto de apoyo intenta ser —solamente— ese mandato constituyente, fundamentante, de la comunidad de Jesús: evangelizar.

Para desautorizar nuestros cuestionamientos y vivencias, tal vez haya muchas razones. No lo dudamos. Ni vamos a discutir las. Nosotros deseamos que la validez o desaprobación de nuestras opciones sea dictaminada desde la tarea evangelizadora. Y pedimos que sólo desde ahí se nos enjuicie: no desde otras instancias eclesiásticas. Puede ser tachado de excesivamente simple. A nosotros nos parece suficiente y bastante.

(Editorial núm. 12. 1982)

TRAS LA UTOPIA DEL EVANGELIO

UTOPIA Y PROFETISMO.

Es triste constatar cómo el lento goteo de cada día va quitando fuerzas a palabras que en otros momentos fueron claves (democracia, participación...) Y más lamentable comprobar que el vaciamiento de esas palabras no es sino la expresión de que en la realidad profunda han ido perdiendo su carga dinamizadora. Ahí está —como ejemplo— el tema de este Congreso: UTOPIA Y PROFETISMO. Si hace 20 años este binomio reflejaba el inconformismo y la creatividad eclesiales, hoy para muchos que nos observen no pasarán de ser un reflejo de inadaptados y melancólicos, que no se resignan a perder protagonismos; coletazos —dirán— de grupos sospechosos y no representativos de la normalidad.

No es fácil hablar de UTOPIA Y PROFETISMO hoy. Ya está en los documentos del Concilio todo lo más importante que se podía decir, ya estamos puestos al día, ya vivimos en democracia... Además, parece como si hubiéramos tocado fondo en muchísimos temas: las cosas son así, hay que aceptarlo; hasta reconocemos vivir en la época del desencanto y el pasotismo. Sin embargo, archivar estas palabras en el diccionario de las ideologías, retirarlas de la vida de cada día, no es sino un intento de parar la historia, o cuando menos, de dar curso legal sólo a la historia oficial y tediosa; de resignarnos a lo que se vocea como inevitable y ortodoxo.

• UNA OPCION UTOPICO-PROFÉTICA.

MOCEOP —como colectivo de creyentes— ha sentido y persigue vivir una vocación decididamente UTOPICA Y PROFETICA. Utopía —para nosotros— es creer que son posibles unas comunidades de corresponsales, sin discriminaciones ni clericalismos; unas comunidades que pueden ser el Sacramento del Reino de Dios; unas comunidades que acerquen a todos los hombres el modelo de convivencia en igualdad y libertad reales, en el compartir profundo. Profetismo es la fidelidad a esa utopía del Reino, aunque lleve para el cura casado la marginación; profetismo es la apuesta comprometida y creativa por los orígenes.

MOCEOP —aunque suene a pretencioso— se siente como movimiento de Iglesia utópico y profético. Y deseamos enmarcar esta afirmación —que es también un compromiso— en algunas puntualizaciones:

a) Nos sentimos partícipes de la función profética de Cristo, como integrantes del pueblo de Dios, todo él profético (Lumen Gentium, 12) No es por tanto arrogancia, sino un intento de fidelidad: hacer realidad de palabra y de obra todo aquello en lo que creemos.

b) Nos gusta más hablar de «gestos y talentos proféticos» de un grupo que de «profetas». Al menos, en nuestro caso. No por orillar que haya creyentes con-

cretos cuya vida les convierte en verdaderos profetas; sino para desmitificar y subrayar que se trata de un fenómeno y de un compromiso de todo un colectivo. Considerarse profeta puede ser una arrogancia; vivir con talante profético, una obligación.

c) Aceptamos plenamente la complementariedad de lo institucional y lo profético. No se trata de trabajar en paralelo ni en oposición; sino de integrar la dialéctica institución-base, instaurar de continuo un clima fructífero de diálogo: nos necesitamos mutuamente.

d) Aceptamos la marginalidad como cauce casi ineludible para ejercer el profetismo. De hecho, muchos de nosotros no sólo hemos renunciado a seguir encuadrados en el estamento clerical, con la consiguiente «reducción al estado laical»; sino que en esa nueva situación somos privados oficialmente de derechos comunes a todo creyente; aún más, en ocasiones hemos sido borrados («desaparecidos») de la vida de la Iglesia.

e) Estamos convencidos de que el profetismo se ejerce desde los hechos. No sólo hay que creer en la utopía: hay que ir haciéndola visible, contagiando a la gente que es posible y viable. Lo utópico es lo que aún no está en ningún sitio, pero que se va haciendo presente poco a poco.

f) Relativizamos nuestra aportación. Aunque sabemos que es importante. Hay que superar la tentación de ver girar la historia toda alrededor nuestro («creernos el ombligo del mundo»). Opcionalizar el celibato no va a transformar sin más la Iglesia; pero es difícil que sin esa opcionalidad la Iglesia se transforme en profundidad.

g) Estamos plenamente convencidos de no estar empeñados en «nuestra batalla», en un asunto clerical. Por eso luchamos por estar junto a todos los que también optáis por lo utópico y profético: convencidos de que los francotiradores acaban por ser absorbidos. Necesitamos aunar y aportar juntos lo que la Iglesia necesita de todos nosotros, y sólo juntos conseguiremos ser eficaces.

Decía B. BRECHT: «El día en que los hombres dejen de desfilarse, sus sueños se harán realidad»... Negarse a desfilarse, es decisivo: pero parece ser solamente el primer paso, ¿verdad?.

• LO MAS ESPECIFICO DE NUESTRA APORTACION.

MOCEOP no es un proyecto. Ni lo apuntado anteriormente se queda en el terreno de los meros principios. El cuestionamiento que late tras un fenómeno como las secularizaciones —con o sin papeles— es llamativo tanto cuantitativamente como cualitativamente. Es una forma de vivir la Iglesia y de ejercer el ministerio la que hace crisis, la que es llamada a la conversión. Y esto, independientemente del recorrido posterior o de la situación actual de cada secularizado. Es ésta una denuncia de los hechos que está ahí y habla por sí sola.

Sobre esta denuncia de los hechos además, MOCEOP lleva diez años tratando de que no se silencie, de hacer más presente en el seno de la comunidad eclesial la carga profética ocultada y silenciada en el fenómeno «curas casados». Y esta aportación la desdoblamos en dos capítulos:

a) Ruptura con el clericalato. Muchos hemos vivenciado el ministerio prebiteral como la aneja a un estamento religioso que poco o nada tiene que ver con el Evangelio. La llamada a un servicio para la comunidad y la disponibilidad para el mismo son frecuente y casi inevitablemente minimizadas por la inclusión en un grupo aparte; un grupo que, en la práctica al menos, está abocado a sentirse con

la responsabilidad total de la Iglesia y con los derechos consiguientes a tal planteamiento. Clericalismo es el resultado de una historia que ha invertido los términos: la comunidad pierde el protagonismo para irse sustantivizando cada vez más un ministerio —el presbiteral— que llega a constituirse en eje total y decisorio. El servicio a y desde una comunidad concreta se ha convertido cada vez más en un instrumento de sacramentalización y de poder ideológico.

Evidentemente, cuestionar el clericalismo no es censurar la actuación personal de cada cura: el juicio al clericalismo lo hacen también muchos clérigos en activo. No se trata de un problema de personas, sino de una institución.

Esto ataca utópica y proféticamente MOCEOP: la sustantivación y afianzamiento de una Iglesia de clérigos en detrimento de una Iglesia de creyentes; una Iglesia con un personal dirigente y especializado, desclasado y formado fuera, en detrimento de una Iglesia comunidad de iguales que asumen las responsabilidades necesarias según se van descubriendo. Es verdad que la Teología apoya por completo esta reivindicación; pero no menos evidente es que cualquier estudio sociológico demostraría que somos un grupo con idénticas estructuras de poder a cualquier otro: unos mandan, otros obedecen; unos saben, otros son enseñados; unos deciden, otros ejecutan...

Este es el primer eje de la aportación profética de MOCEOP. Y nuestro colectivo lo defiende de la forma más radical posible: renunciando a ese estado clerical, orillando en muchos casos aun la legitimidad de la institución para conceder o denegar permisos para ese abandono. Es la utopía evangélica quien legitima este paso.

b) Inserción como creyentes. «Retorno» más que «reducción al estado laical», nos gusta decir. MOCEOP lucha no por el abandono, sino por la reinserción desde otra perspectiva vital. El cura casado ha optado por reinsertarse como un creyente que se ha reencontrado con lo original, retornado a la situación que nunca debió abandonar. Creyente que no puede olvidar ni silenciar su historia personal y comunitaria. Y que por eso continúa ofertando a la comunidad su disponibilidad ministerial y su recorrido de fe.

Y queremos que nuestro retorno colabore al replanteamiento utópico en que tantos y tantos estáis empeñados:

— La potenciación de las pequeñas comunidades como lugar privilegiado para el surgimiento de la Iglesia; comunidades como lugar privilegiado para el surgimiento de la Iglesia; comunidades a las que habrán de respetarse sus derechos a la celebración, a la diversidad, al reparto de sus ministerios...

— A la instauración de un diálogo interior permanente como reto ineludible para que los problemas no se empecinen; diálogo que surja no tanto como una actitud estratégica sino como un convencimiento de raíces evangélicas, de la conciencia de no poder acaparar la Verdad...

— A la incorporación de todo creyente a cualquier ministerio, sin discriminaciones por razón de sexo o estado; a la superación del machismo y la aristocracia eclesíásticas...

(Comunicación VIII Congreso de Teología)

(Núm. 36-37. 1988)

DESDE LA MARGINALIDAD

VIVIR Y ANUNCIAR EL EVANGELIO DESDE LA MARGINALIDAD

La marginalidad: lugar teológico de encuentro con Dios

En la tercera parte de esta ponencia ya dijimos que los grandes profetas, el propio Jesús y las lumbreras más brillantes de la Iglesia vivieron en la marginalidad. Ellos fueron capaces de encontrarse con un Dios que salió a su encuentro y les hizo ver que ese incómodo, tanto para el mundo como para ellos y sus familias, era su puesto de trabajo como trabajadores del Reino.

Echemos una mirada sobre nosotros. ¿Quién nos ha colocado en esta situación marginal? No busquemos culpables. Estamos ahí a causa de un pecado, lo que San Juan llama «el pecado del mundo». Cuidado, no confundamos al «Pecado» con mayúscula con los pecados del catecismo o con el quebranto de una ley. Intentaré explicarme mejor.

¿Quién tiene la culpa de que exista la muerte y el mal en el mundo? ¿Quién tiene la culpa de que haya paro, hambres, guerras, contaminación, injusticias y calamidades de todo tipo? ¿Quién tiene la culpa de que Jesús el Cristo muriera en la cruz?

«El que de nosotros esté libre de pecado, que tire la primera piedra.»

Jerarquía y pueblo, curas casados y célibes, creyentes y no creyentes, fariseos y publicanos, Mons, Romero y Mons. Escrivá de Balaguer, vosotros y yo: todos tenemos culpa de que exista este desaguisado y esta injusticia en la Iglesia y en el mundo.

Este «Pecado» —con mayúscula, porque es un pecado mayúsculo— va a ser nuestra salvación. Mejos dicho: lo está siendo ya, porque nos hace sufrir y porque nos asigna un puesto entre los bienaventurados. «Dichosos vosotros... porque vuestro es el reino de los cielos.»

Este pecado es el que nos conduce a la resurrección por el camino de la cruz. «No he venido a salvar a los justos, sino a los pecadores.» Dios, por medio de su hijo Jesús, se acerca a nosotros —al hombre caído— para levantarlo.

Sólo aceptando que somos pecadores podremos aspirar a la salvación.

— Si no nos sentimos paráliticos y paralizados, no podremos escuchar aquellas palabras de Jesús: «Tus pecados te son perdonados... Toma tu camilla y anda.»

— Si no reconocemos que somos ciegos, no seremos capaces de decir como Bartimeo: «Señor, que vea.»

— Si no reconocemos que hemos sido infieles a la palabra dada en un momento de euforia, tampoco podremos decir como Pedro: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que yo te amo.»

— Si no reconocemos que nosotros y nuestras familias somos defraudadores como Zaqueo, tampoco resonarán en nuestros oídos aquellas palabras de esperanza: «Hoy ha entrado la salvación a esta casa.»

—Si no admitimos que nos hemos descarriado, tampoco podremos escuchar los pasos del pastor que viene en busca de la oveja perdida.

— Si no queremos admitir que hemos abandonado la casa paterna, tampoco tendremos la satisfacción de ver cómo el Padre sale a nuestro encuentro.

Amigos y compañeros: aceptemos que hemos llegado a esta situación conducidos por el pecado del mundo —que trata de hundirnos en la desesperanza— y por la gracia de Dios, que está decidido a darnos la salud.

Alegremonos de estar en una situación equiparable a la de esos grandes telescopios instalados en Canarias mirando al cielo: desde ella podemos percibir mejor que desde otros sitios mucho más confortables que las alturas montañosas el mensaje de salvación que procede de lo alto. Acordaos del pueblo de Israel: fue en el desierto y durante el exilio cuando mejor comunicación tuvo con Dios. Nuestra situación puede ser para muchos de desierto y de exilio: es el Señor, ha sido su gracia quien nos ha llevado a ella para «Hablarnos al corazón».

Esta situación de «Pecado» —otra vez: con mayúscula— a la que con cierto eufemismo llamados «marginalidad» es como el desierto, como el exilio, como Getsemaní: un lugar teológico de encuentro con Dios.

Es verdad que nos duele vivir en ella, como les dolía a los hebreos aquella larga caminata por el Sinaí.

Es verdad que a veces añoramos las ollas de carne y las cebollas que dejamos en Egipto —la institución— y que murmuramos de quienes nos trajeron a un lugar tan inhóspito como a veces nos resulta la secularización.

Es verdad que a veces no tendremos ganas de cantar junto a los canales de esta babilonia eclesíastica que nos ha reducido a la más terrible humillación.

Es verdad que a veces rezaremos con las palabras del Maestro: «Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz».

Pues yo os digo con el Evangelio: cuando viereis suceder cosas, alzad vuestras cabezas; se acerca vuestra liberación.

Es verdad que a veces maldeciremos como Job hasta el día en que nos parió nuestra madre. No nos avergoncemos de haber dicho como Job: maldito el día en que nací, maldito el día en que me fui al seminario, maldito el día en que conocí a mi mujer o miré con afecto a un cura. Recordad a David: ¿Cómo no iba a maldecir cientos de veces la hora en que la mujer de Urías tuvo la ocurrencia de bañarse desnuda enfrente de su palacio? Y si no hubiera sido por aquel baño inoportuno —que tanto le hizo sufrir al rey— ni habría nacido Salomón ni se habrían cumplido los planes de Dios en los que estaba previsto que el Mesías fuera hijo de David y de la mujer de Urías.

Aceptemos, pues, esta situación de marginalidad como una situación a la que hemos llegado tras forcejeo de la gracia y del pecado del mundo, con victoria completa y total de la gracia de Dios. A este nuestro Dios sólo se le encuentra cuando uno se reconoce pecador, marginal, pobre, sufriente, oprimido, echado de la sinagoga... Y nosotros, sin merecerlo, somos probablemente todo eso. Desde esta nuestra situación podemos conocer mejor que otros quién es Dios, lo grande que es su bondad, lo insondable de su misericordia. Desde este desierto, libre de ruidos, podemos oír perfectamente una buena noticia que hemos de compartir con los demás hermanos: la buena noticia de que estamos salvados si confiamos en el Dios que nos sacó del confort de Egipto para traernos a este lugar.

La marginación: espacio desde donde nosotros anunciamos la «buena noticia» del Evangelio

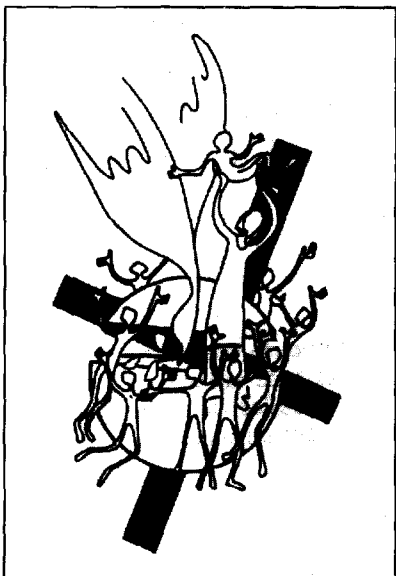
* Un espacio privilegiado:

Fijaos en los grandes de este mundo. Hay que ver cómo buscan los medios de comunicación social para oír su voz y transmitir su mensaje. Ellos saben que un minuto en TV o una página en los periódicos supone miles de votos, millones de pesetas en ventas. Buscan la efectividad y se afanan por lograrla. Tenemos a un Papa que es un consumado artista en el uso de los medios de comunicación. Contamos con unos líderes políticos que no serían nadie si no tuvieran los medios audiovisuales a su favor. Esto lo sabe la Iglesia. Y así se explica el disgusto de nuestros obispos, expresado a través de Mons. Fernando Sebastián, cuando ven que ya no pueden seguir dominando sobre los medios de comunicación.

Yo no voy a negar la influencia que estos medios ejercen sobre el pueblo. Pero os voy a mostrar un púlpito mejor situado y un espacio de evangelización todavía más efectivo que la radio o el periódico: me refiero a la situación de marginación en que por la gracia de Dios nos ha tocado vivir. Radio Marginación es una emisora que habla el lenguaje de los pobres y de los desheredados de este mundo, el lenguaje de los que sufren, de los que se sienten oprimidos por los poderosos, de los que esperan contra toda esperanza. Radio Marginación es una emisora que se escucha en todos nuestros barrios e incluso en los hogares de la gente acomodada. Es nuestra emisora. Miles y miles de familias la escuchan durante las veinticuatro horas del día. De ella sólo esperan un mensaje: la buena noticia. Nosotros, que tenemos muchas acciones en esa red de emisoras, podemos dársela porque compartimos la situación de nuestros oyentes, porque hemos aprendido en propia carne hablar su lenguaje, porque se fían de nosotros mucho más que de Radio Vaticana o de «L'Osservatore Romano».

Nosotros tenemos una tarea importante en la Iglesia y, si somos honrados, tenemos acceso inmediato a Radio Marginación la Iglesia va creando por ahí otras emisoras. Ra-

dio Sacramentalización fue hasta hace unos años la emisora favorita de la jerarquía y del pueblo, pero por falta de demanda está a punto de cerrar sus estudios de grabación. Radio Catequesis es hoy una emisora con empuje, pero tiene el inconveniente de que sus repetidores están dentro de los templos y rara vez se puede escuchar en la calle. Radio Marginación es probablemente la que mejor transmite programas evangelizadores; utilicémosla y dejemos de añorar aquellos tiempos en que nos sentábamos frente a los micrófonos de Radio Sacramentalización.



(N. 25. 1985)

FÉLIX BARRENA
ALFONSO GIL

PERO, EN COMUNION

¡«NO» A LA MARGINACION!

I. «Comunión» es una de las muchas palabras que pueden expresar el amplísimo contenido de la Salvación de Dios. Es El quien deposita en nosotros la enraizada esperanza del Reino futuro, donde el compartir —y no el guardar— será una de las bases de felicidad definitiva. Y El, también, quien siembra en el creyente la convicción de que esa llamada a la «comunión» exige ser vivida y no sólo aceptada.

Creer en el Dios de Jesús, es difícilmente compaginable con el mimetismo, con el andar «mirando a las nubes», con esperar todo de lo alto... La fe debe posesionarse tan en profundidad de nuestros proyectos vitales, que los dinamice, les dé el calor del amor y la paciencia de la esperanza activa.

«Comunión» —insistimos— es en su meta y en su origen un don de Dios. Pero estaríamos quitando vitalidad a la fe si no empeñáramos nuestra vida en HACER LA COMUNION, en posibilitar que ese regalo de Dios se vaya presencializando entre los hombres.

Hacia aquí apunta la intuición vital de tanto creyente en Cristo: a ver en la comunión algo más que estar de acuerdo con la jerarquía de la Iglesia. A plantear una comunión que se va haciendo entre las tensiones y la riqueza del dinamismo y de la creatividad. A vivir la comunión, más como un camino que no se puede hacer en solitario, que como la conformidad con las consignas de los que presiden.

II. Y en esa misma dirección apuntan una serie de atisbos que cada día nos parecen ir tomando más cuerpo en las comunidades.

* En primer lugar, ese cambio global de perspectiva ya apuntada: de la verticalidad de una comunión que se nos da a la horizontalidad del compartir y romper fronteras. De una visión estática a otra dinamizadora. No se trata más que de hacer de día en día más explícita esa gran línea de fuerza de la corresponsabilidad en nuestra fe.

* Tampoco creemos que la sumisión —interesada o problemática, oportunista o de coacción...— sea la única forma de expresar la comunión. En etapas como la nuestra, también la crítica —sincera, consecuente, desde el Evangelio— es un cauce insustituible a la comunión universal.

* El encuentro diario en la lucha por el Evangelio y desde el Evangelio, debe ser un punto de contraste incontrovertible para dilucidar la autenticidad y profundidad de nuestras comunidades y de sus relaciones más allá de los organigramas.

* La insistencia tan exclusivista en «la comunión con la jerarquía» nos ha hecho olvidar algo tan de perogrullo como es que las relaciones entre adultos conscientes nunca deben ser unidireccionales. La comunión, por tanto, siempre se da en comunidad, en las comunidades: con la jerarquía y de la jerarquía, de y con todo creyente. (Lo cual no contradice, en lo más mínimo, que toda comunidad necesite unos vínculos de unidad y entendimiento: «un servicio» entre muchos. Pero la comunión afecta a todos con relación a todos.) Desde este planteamiento, la jerarquía queda integrada en la comunidad, cosa muy distinta a ser una oligarquía de la uniformidad al margen de los creyentes.

* Entendemos también la comunión como la complementariedad de las diferencias, la colaboración de los que son distintos, el enriquecimiento de los discrepantes. Nunca como la consagración de las desigualdades y del silencio para dar la impresión de unidad.

* Y es que no acabamos de romper con unos moldes calcados de la antigüedad civil; y confundimos comunión con cohesión social, uniformismo, obediencia y sumisión.

III. La comunión —exige ser vivida, ser creada en el seno de cada comunidad, desde el respeto y contraste enriquecedor con otras, sintiendo palpitar entre nosotros esa comunión universal a la que Dios nos convoca y que hay que seguir alumbrando.

Es por todo esto por lo que, aun manteniendo posturas y actitudes que hoy llamamos «fronterizas», no aceptamos la marginación práctica ni teórica. Es rica y variopinta la realidad eclesial; muy amplios y creativos los cauces para vivir la comunión de la fe, como para volver a caer en los espejismos de los «modelos únicos»: romanos o de cualquier otra procedencia.

Es también por todo esto por lo que seguimos luchando por esa comunión de todos los días: desde el riesgo de arrastrar lo «fronterizo», desde la colaboración con tanto hombre y mujer de buena voluntad, desde cualquier plataforma donde los hombres se encuentran.

Es por ello por lo que seguimos creyendo que esta comunión es posible a condición de que impere el respeto, de que nos empapemos de ese Evangelio, de ese Jesús que se llamó a sí mismo el camino, pero que nos pidió no absolutizar nada fuera de Dios y del Hombre.

Y es por todo lo que nos sigue quemando en el interior por lo que os invitamos a no marginarnos ni a «dejaros» marginar: es básico seguir vivenciando nuestra época como un TIEMPO DE HABLAR y de actuar; haciendo de nuestras vidas un «NO» enriquecedor y reivindicativo a toda marginación.

(Editorial núm. 5. 1980)

COMUNION: PROCESO DINAMICO E HISTORICO

La unidad y comunión eclesiales hay que concebirlas, pues, no como algo ya enteramente conseguido, sino como un proceso dinámico de realización que exige la superación de las causas que engendran los conflictos realmente existentes entre los hombres. La Iglesia no está fuera del mundo ni planea por encima de él. Es o está en el mundo. Precisamente por eso su unidad no se puede considerar ni realizar al margen de las tensiones que se dan en la sociedad. Estas se reproducen e inciden en la realidad eclesial. Si reservamos al poder de Dios en el fin de los tiempos («reserva escatológica») la plena reconciliación entre los hombres, también reservamos a la plenitud escatológica la plena unidad y comunión eclesiales.

Proyectados hacia esa plenitud final por la esperanza, nos esforzamos entre tanto por conseguir una creciente unidad, conscientes de que, en ocasiones, a través de la confrontación y la lucha por la verdad se puede dar testimonio de comunión auténtica en el seno de un pluralismo legítimo. En otras ocasiones, el pluralismo se convierte en antagonismo conflictivo y las posturas responden a opciones y proyectos objetivamente enfrentados. Habrá entonces que remover las causas que están a la raíz de los enfrentamientos para buscar las bases que permitan una comunión real.

Aunque la búsqueda de la verdadera unidad pueda exigir descalificaciones claras y objetivas de posturas consideradas falsas o incluso peligrosas, habrá que evitar las excomuniones recíprocas. Los que creemos que la comunión eclesial tiene que forjarse en torno al Cristo liberador, que reclama opción solidaria por los desheredados y oprimidos, buscaremos una Iglesia pobre y de los pobres, espacio de libertad y corresponsabilidad, con la convicción de que sólo en su seno es posible la comunión real. Otros caminarán por senderos distintos seguro que con la misma intencionalidad de conseguir la comunión. Desde la fidelidad a nuestros proyectos, en comunión crítico-dialéctica, sin evitar la confrontación y la lucha cuando sea preciso, dejemos, sin excomuniones apresuradas, que la historia y el Espíritu de Jesús en ella presente sean que vayan clarificando la validez de las distintas opciones.

JULIO LOIS
(N. 5. 1980)

A LA FEDERACION INTERNACIONAL DE SACERDOTES CASADOS

Estimados amigos de la Federacion:

Mucho reflexione si debia participar del encuentro internacional de sacerdotes casados o no, especialmente después de la insistencia de Mons. Podestá de Argentina Pensando las cosas mejor, he decidido no participar. Hay un motivo institucional no muy importante pero que cuenta: acepté dar clases en la Universidad del Estado en Río y prometí no alejarme para atender el curso de etica para el pós grado. Además estoy construyendo mi nueva identidad de laico y no quiero adelantarme con un discurso sin qué sea asumido profundamente por mi desde mi interioridad. Sin esto no me siento bien. No quiero más representar, ni hacer de cuenta sino vivir con radical lealtad y traoparencia mis convicciones. Todo es muy nuevo. Por eso, lamento defraudar a los amigos, pero es mejor así. Espero que me comprendan. De todas las formas veo el alto significado de un semejante congreso. Es importante quebrar el monopolio del servicio de Jesús que fué impuestos por los estratos del poder clerical de la Iglesia romano-catolica contra los fieles. Las grandes victimas de esta usurpación son aquellos que, sacerdotes, asumieron el sacramento del matrimonio. Deseo la formación de una frente serio, de practica y reflexión, que anime a los fieles a secundar una forma diferente de ejercicio ministerial en la comunidad.

Con mis oraciones delante el Señor

LEONARDO DOFF - Río de Janeiro - 5-Mayo / 93

LA FUERZA ESTÁ EN LOS HECHOS

A LA IGLESIA SE LA VA LA FUERZA POR LA BOCA

Así de duro y de sencillo. Naturalmente que es «mucho decir» una afirmación de este calibre. Y, sin embargo, la decimos. No con la fuerza que nace de la agresividad-rebeldía contra la Institución eclesiástica, sino con la que brota de la pena y el temor de que pueda desvanecerse una esperanza propiciada hace quince años por el Vaticano II. Nos duele —y no queremos resignarnos— lo que estamos haciendo entre todos con la «Ecclesia» de Jesús de Nazaret (la de las Bienaventuranzas) cada día más necesaria a esta sociedad individualista al máximo, consumista, vacía de sentido y expoliadora de los pueblos del tercer mundo.

Esta Iglesia abusa de la «esperanza». No está decidida a que se correspondan sus hechos con sus palabras. Ahí es donde vemos el abuso. Habla de los derechos humanos y tiene en su seno represiones como el asunto de las secularizaciones congeladas (el derecho de todo hijo de Dios a un matrimonio sin traumas, siquiera por lo civil); habla del matrimonio como Sacramento de amor y, al no permitir el divorcio, obliga a que vivan bajo el mismo techo dos personas que se odian; proclama la enseñanza libre y gratuita para todos, pero en la práctica, al defender sus colegios abundantes en medios y por lo tanto caros, por encima de los colegios estatales, obliga a que cantidad de niños de los extrarradios queden sin puestos escolares mínimamente decentes, ya que el presupuesto estatal no da para todo; habla de la Eucaristía como el Gran Signo de la Comunidad, y alberga en esas reuniones dominicales, como un desfile variopinto, sin distinción, a explotadores y a explotados, a ricos con voluntad firme de serlo y a pobres condenados a la marginación...

Vemos las funestas consecuencias de este abuso multiseccular de la palabra en la reacción del pueblo:

— *la gente no cree a la Iglesia; está escarmentada de la conducta despótica y abusiva de la Institución; desconfía de lo que haga y diga.*

— *el pueblo esquilado está decidiéndose a no escuchar a esa Iglesia. Es un proceso que se acelera día a día. Del ritmo y la incidencia de este proceso podemos caer en la cuenta al observar la conducta de los jóvenes con la autoridad en general y con la jerarquía eclesiástica en particular. Aguantan lo que la TV. ponga del Papa o de los Obispos, soportan las charlas prematrimoniales o la catequesis de sus hijos... pero no escuchan; «pasan».*

— *el pueblo separa a Jesús de la Institución eclesiástica. Cree más en Jesús que en la Iglesia. Teme que el mensaje de Jesús sea irrealizable; pero cree en su testimonio y en su llamada al servicio desinteresado, pobre y humilde. Dice que Jesús fue un Gran Hombre, que ojalá nos pareciésemos un poco a él. No respira así de la Iglesia. Al separar a Jesús de la Comunidad, tiende a una fe privada, reducida al ámbito de la conciencia, sin manifestaciones externas, que les recuerdan la práctica abusiva de la Institución.*

HAY QUE IR A LOS HECHOS. EL CAMINO ESTA CLARO; «POR SUS FRUTOS LOS CONOCEREIS». Después de tanta palabra dicha y que tanto vacío ha creado en la gente, «sólo le quedan a la Iglesia —nos recuerda el místico Bonhoeffer desde la prisión— tres cosas: callar, orar y hacer la justicia».

El MO-CE-OP, Movimiento de curas y de pequeñas Comunidades de Iglesia, también se decide por la vía de los HECHOS para reivindicar una revisión seria de los Ministerios y un Celibato Opcional, intentando así una práctica más de acuerdo con la Escritura, las Comunidades primitivas y el sentir de un amplio sector del pueblo cristiano.

Al decidimos por la vía de los hechos, estamos convencidos de varias cosas:

— los hijos de Dios hemos de buscar con libertad y sin miedo, siguiendo los carismas que cada uno tiene, seguros de que el poder no es necesariamente poseedor de la verdad; sino que las transformaciones suelen surgir del pueblo sufrido y acostumbrado a ser marginado. A la jerarquía le queda como misión la de animar y clarificar los distintos carismas de la Comunidad, dejando hacer, observando los posibles desenfoces y dialogando de tú a tú en base a un criterio que urge a todos: el Evangelio de las Bienaventuranzas.

— la obediencia-sumisión no es lo que salva. No sirven más al Reino los seguidistas de la jerarquía que los críticos del poder. Lo que vale realmente es lo que de Salvación-Liberación se aporte con una postura y otra.

EN COHERENCIA CON TODO ESTO EL MO-CE-OP HA DECIDIDO que «Tiempo de hablar» sea un encuentro-recogida de HECHOS Y EXPERIENCIAS. Es la práctica analizada y contrastada la única que nos puede ayudar en serio a lograr nuestro objetivo: que se replantee el asunto de los Ministerios en la Comunidad Cristiana y que el Celibato sea opcional.

Esto es quizá ambicioso. Pero es lo que hemos intentado. Como todos, también éste es un tema abierto.

(Editorial núm. 3 1979)

POR UN DERECHO ABIERTO A LA VIDA

Nunca hemos pensado que la LEY deba ser un tema prioritario para los creyentes en Jesús. Ahora, tampoco. Puede encubrir en ocasiones graves dosis de autoritarismo y cercenar una gran parte de creatividad y de responsabilidad adulta.

Somos LLAMADOS A VIVIR, y a hacerlo en plenitud: a abrir cauces a la nueva creación, a la historia de la Salvación; a contagiar la libertad de los hijos de Dios... Y sería cuando menos sospechoso invitar a disfrutar de los campos, de las flores, del paisaje... aludiendo machaconamente, como fundamental, a la perspectiva que dan las vallas, las alambradas, las autopistas obligatorias de peaje...

Por eso, hablar de DERECHO, entre nosotros al menos, debería ser siempre aludir a ciertas pistas, pautas, senderos... nunca a caminos hechos, obligatorios e inapelables. Lo contrario será querer encerrar el mar entre cuatro diques, o al paisaje entre cuatro muros. Por eso nos atrevemos a formular o a subrayar ciertos puntos de referencia, en los que —tal vez— casi todos estemos de acuerdo, aun

cuando no siempre estemos dispuestos a sacarles toda su carga relativizadora de las normas canónicas.

— Nuestro derecho, como cualquier otra institucionalización eclesial, debe estar al servicio de la misión de la Iglesia. Es comunicar la Salvación de Dios a todo hombre, vivirla, contagiarla, crear comunidad, fraternidad, ayudar al hombre y la mujer de hoy a embarcarse en una historia comunitaria que sea de Salvación, ser sacramento de todo ello, lo único que da sentido a la Iglesia. Y el estar supeditado a esa misión, lo que hará del derecho un medio útil y no un corsé constreñido.

— Tiene, por tanto, que estar siempre abierto a ser reformado. Su sentido de servir a la misión eclesial, le va a exigir —dentro de los límites de una sana prudencia— vivir de continuo a la escucha y contemplación de los signos de los tiempos. Frente a cada canonista, o mejor dentro de él, debería anidar un contemplativo.

— Creemos que otro punto de referencia ineludible hoy debería ser vivir y promover un ecumenismo profundo. Y es que toda norma canónica que suponga cierta infravaloración de otras confesiones o creencias, que acentúe el distanciamiento y la confrontación, debería ser aparcada por preconiliar y anticristiana.

— El Derecho Canónico debería subrayar explícitamente la existencia de un derecho superior inalienable: la CONCIENCIA. Una conciencia, por supuesto, que deberá buscar siempre los puntos de referencia éticos en las necesidades personales y en el bien de la comunidad: pero en la que —en definitiva— descansará la última palabra. Que el Derecho sea tan proclive a «dejar» este principio a la Moral, no parece ser un síntoma de excesiva sensibilidad ante la persona y sus derechos.

— Y en aquellos casos en que el conflicto —de existir— entre lo personal, lo comunitario y lo eclesial general sea inevitable, el mismo Derecho debería estar abierto fecundamente a sacar todas las conclusiones que se puedan extraer de la famosa distinción «contra» y «praeter ius»: bien para acentuar los cauces en que una comunidad o persona creyente busca el bien personal y global por cauces no previstos ni legalizados; bien para retocar leyes que hacen inevitable en excesivas ocasiones el recurso a tan sutil distinción...

¿Qué hace el Código de Derecho Canónico actual? Permite existir a los sacerdotes casados, porque —en el fondo— sabe que son Don de Dios y Servidores de la Comunidad (a veces imprescindibles). Pero les «congela», les aparca. Les prohíbe crecer, alegrarse y expresarse como tales. No ha sido capaz —y en el ochenta y tres ya existían cien mil sacerdotes católicos casados— de reconocer, agradecer e impulsar en beneficio de la Comunidad eclesial la Riqueza-Gracia y la Riqueza-Ministerio que el Señor cultiva en el corazón de muchos sacerdotes casados.

Debemos entender que eso lo deja el legislador para la vida (más allá de la norma escrita) y para la conquista. Por ellos decimos: «Fidelidad al Código de la Vida: sin miedo a romper algunas Promesas hechas.

(Editorial núm. 43, 1990)

RESITUAR LO FEMENINO

I. ENCUENTRO EN EL AMOR

Para algunos de los que iniciamos esta «manía» de la opcionalidad del celibato —de claras connotaciones evangélicas— y para muchos de los que os habéis ido sintiendo convocados (el Masculino es aquí consciente y pretendido...) a apoyar este movimiento, el encuentro amoroso, personal y concreto con una mujer, fue y sigue siendo un eslabón fundamental en nuestras vidas. Y no se trata en este caso de un cumplido o de una frase hecha.

Muy diferentes y sorpresivas sendas nos fueron abriendo a la posibilidad cercana del enamoramiento: valoración de la mujer, ruptura de tabúes, reencuentro con la vida normal, y sencilla, traspies y tropezones con una estructura que abunda en la tozudez, desencantos, amarguras, descubrimiento de la otra persona en la profundidad más plena, en la complementariedad echada de menos... Todos los caminos llevan a Dios, al menos, cuando es a Dios a quien se busca. Y en nuestros recorridos concretos muchos vivenciamos el encuentro con una mujer, como una bendición del cielo, como la experiencia más rotunda y tumbativa de trascendencia personal. No decimos que todos hayan de recorrer este camino: pero sí que ha sido, y es, el nuestro...

II. UN ENCUENTRO QUE CUESTIONA

El amor nunca es un aparcamiento pacífico: replantea toda la vida.

Y «además» los enamoramientos aludidos anidaban en seres educados para ser diferentes, líderes incuestionados y vocacionados «desde el vientre de sus madres»... Y al ser asumidos como positivos y planificadores, comenzaron a cuestionar seguridades hasta entonces intocables y sacrosantas...

¿Por qué aceptar como irreconciliables sacerdocio y matrimonio, si ambos provienen de Dios, y se hermanaban en personas concretas? ¿Por qué cerrar una puerta de plenificación personal al que sigue dispuesto a servir a una comunidad de creyentes que está dispuesta a continuar aceptándole? ¿Por qué no dejar opcional un estado de vida, cuando lo fundamental, la disponibilidad y la aceptación de la comunidad, están aseguradas...?

Pero con ser importantes, estos cuestionamientos no podían quedar a mitad de camino. La tarea de cuestionamiento continuó... y continúa. Si el servidor debe poder elegir estado de vida, ¿por qué hay que restringir la posibilidad de servicio a las personas de un sexo, en detrimento de la mitad del género humano? Si lo importante es servir a una comunidad y ella misma debería decidir quién sirve, ¿qué razones profundas se esgrimen y cuál es su valor teológico, para que la elección de una comunidad tenga que circunscribirse sólo a las personas de un sexo?...

Y hasta aquí hemos llegado con rotundidad: a reivindicar la no conexión obligatoria del ministerio presbiteral a un estado o a un sexo.

III. APORTACION DE LO FEMENINO: UNA PRESENCIA QUE REMUEVA...

Hace tiempo que intuimos —y vivimos— que falta algo importante, que el zumo riquísimo de esta experiencia aún no ha sido exprimido plenamente. Aun con el riesgo de rozar terrenos proclives al tópico, queremos seguir formulando interrogantes que aniden en el fondo de nuestra intimidad. El tiempo y el riesgo asumido por personas y comunidades irá aportando respuestas; o las está ya planteando...

¿Qué está suponiendo vitalmente en cada uno de nosotros, la presencia amorosa, el acompañamiento entrañable de una mujer? ¿En qué se está enriqueciendo nuestra perspectiva vital? ¿Qué planteamientos cotidianos están siendo transformados, removidos, de raíz? ¿Qué niveles de la vida se nos están convirtiendo en más cercanos y accesibles? ¿En qué aspectos se concreta la complementariedad teóricamente evidente del ser humano, mujer y hombre?

Si esta reflexión la ampliamos a un nivel comunitario, eclesial, ¿qué está aportando la incorporación progresiva de la mujer desde unos planteamientos más igualitarios, y no sólo como auxiliadora y ayudante? ¿Qué patrones y módulos de comportamiento remueve la presencia femenina en nuestras comunidades, cuando asume roles y ministerios de decisión? ¿En qué deberá ser transformada nuestra Iglesia cuando el talante femenino se incorpore en igualdad y cuestione desde lo profundo a una Madre que es moldeada desde y por patrones exclusivamente masculinos? ¿Cómo va a ser y está siendo afectada la imagen de María, hecha interesadamente sumisa, obediente, callada, ante el protagonismo excluyente del varón? ¿Cómo está siendo cuestionada profundamente la imagen de Dios-Padre, rebosante de fuerza y poder, justicia, desde la vivencia complementaria de la maternidad, el cariño, la ternura...?

Creemos que aquí se nos abre a todas y a todos un amplísimo horizonte por humanizar: y podemos abordarlo esperanzados, al saber que vamos a favor de la historia, aunque en muchos ambientes suponga nadar contra corriente.

(Editorial núm. 46, 1991)

UN PUEBLO SACERDOTAL

RETORNO AL LAICADO

BREVE RELATO

Me dirijo a vosotros en nombre de un colectivo de Iglesia, que ha contado a su favor para impactar a la opinión pública con toda la carga de curiosidad morbosa y hasta de historia folletinesca que arrastra el fenómeno de los curas; casados pero que al mismo tiempo sufre el lastre de enfrentarse con uno de los asuntos intocables para las instancias «jerárquicas» de nuestra Iglesia: la sacralidad celibataria del clero.

Surgimos hace unos diez años, en Moratalaz. Los promotores iniciales, unos veinte curas repartidos por las diversas parroquias. La ocasión, un hecho que por entonces se repetía con bastante frecuencia: el conflicto jurídico—pastoral planteado en una parroquia por la decisión de casarse adoptada por un cura. En este hecho, veíamos lesionados dos derechos, para nosotros, fundamentales: el colectivo de la comunidad, al verse obligada a prescindir de los servicios de un cura que les servía; y el personal del propio cura, que debía abandonar el ejercicio de un ministerio aceptado por su comunidad, debido a un nuevo estado de vida.

Este hecho, con múltiples variantes, se ha repetido una y otra vez en los

últimos veinte años. La doble reivindicación antes enunciada, ha provocado que hayan ido afianzándose en diversas zonas geográficas grupos que toman como punto de referencia la petición—desde la teoría y desde la práctica— de que sea archivada la ley del celibato obligatorio para los presbíteros. Ahí están los ejemplos de Andalucía, Cataluña, País Valenciano, Madrid, Murcia, Galicia... A nivel internacional, el proceso ha sido paralelo. Hace unos días hemos celebrado en Ariccia (Roma) el III Encuentro Internacional —I Congreso de la Federación Internacional de Curas Casados— con la presencia de delegados de unos veinte países. El tema de este Congreso ya es por sí solo elocuente: «Los ministerios en una Iglesia que se renueva para servir al hombre de hoy.»

Desde aquel inicial estandarte-eslogan (MOCEOP) creemos haber ensanchado ampliamente nuestra perspectiva. Es claro que el punto de choque de nuestra reivindicación es la opcionalidad del celibato para los presbíteros. Pero el recorrido y la reflexión de estos días años nos hacen ver con absoluta claridad que apuntamos hacia la desclericalización y el replanteamiento en la comunidad. Hacia una revalorización del laicado, en defini-

tiva. Un RETORNO de los presbíteros al laicado: no una «reducción al estado laical»...

ALGUNAS PUNTUALIZACIONES

** Creemos sinceramente no estar enrolados en una batalla clerical. Así sería estar reivindicando un derecho —a casarse— para un estamento ya de por sí privilegiado —el clero— frente a otros. Es uno de nuestros compromisos expresos «reivindicar en cada caso que se presente, la no vinculación obligatoria de ningún ministerio a un sexo o a un estado de vida». Nuestra tarea*
—como retornados por convicción al laicado— quiere ser colaborar a que todo el Pueblo de Dios recupere lo que el devenir de la Historia ha ido depositando exclusivamente en manos del clero.

** Hay que romper con el simplismo de los que tras el fenómeno «curas-casados» no ven más que un problema de desobediencia, de irregularidad. Es claro —y lo asumimos— que el cura casado ha aceptado vivir una situación marginal (por detrás del laico «normal»...), y en muchos casos ha decidido vivir «fuera de la ley» (casados, sin permisos...). Se trata de un desafío por imperativos de conciencia a una ley injusta: por eso estamos ante un problema jurídico... Pero en el fondo de este hecho, que afecta a unos 80.000 curas en todo el mundo, hay un profundo cuestionamiento eclesial: ¿sirve hoy, desde una Teología del Pueblo de Dios, todo él corresponsable y adulto, encarnado en la vida y en la historia, la figura anquilosada de un ministerio presbiteral uniforme, sepa-*

rado, no plural, encomendado por ley a personas «diferentes»...? La ley del celibato plantea un problema jurídico; pero en su cuestionamiento aflora un problema eclesial.

** Menos aún —como han hecho últimamente algunos medios de comunicación— se puede simplificar el problema del cura casado a la legalidad o ilegalidad de las eucaristías que pueda presidir... El colectivo que represento no añora la situación anterior: no se aceptaría el retorno a un ministerio presbiteral, tal cual se da normalmente. Si algunos de nosotros presiden eucaristías, es únicamente porque la comunidad con la que comparten la fe, se lo pide; y por considerar que el derecho de esa comunidad a celebrar la eucaristía está por encima de otras prescripciones legales. Los teólogos y canonistas tendrán que dilucidar si en estos casos de pequeñas comunidades nos encontramos ante casos de auténtica necesidad, no contemplados explícitamente por el Derecho («*præter ius*»).*

MAS EN DIRECTO

Nuestra aportación a todo este fenómeno eclesial es sencilla. Hemos vivido el presbiterado en muy diversas situaciones, y nuestro recorrido nos ha ido acercando al laico; nuestro compartir con creyentes sencillos nos fue desdibujando fronteras eclesiales. En ningún momento pensamos tener un salvoconducto para dejar la Iglesia, aunque sí el clericalato. No nos hemos marchado, aunque a veces te pongan las cosas muy difíciles para seguir viviendo en comunión. Nos sentimos junto a la frontera, pero por dentro:

hermanados con tanto creyente de a pie que lucha igualmente por una Iglesia más participativa.

Nuestro RETORNO nos ha facilitado redescubrir y profundizar vitalmente en muchos puntos de nuestra fe. Este ha sido el tema de reflexión de nuestro último Congreso. Y queremos seguir recordándole —de palabra y de obra— a toda la comunidad eclesial:

* Que hay que seguir redescubriendo de continuo la gran riqueza de la vida. Que no se pueden vivir mundos aparte, mundos hechos a nuestro capricho, mundos especiales para creyentes o para curas... Es la vida real y el Evangelio quienes han de cuestionarnos.

* Que necesitamos impulsar y recrear desde las pequeñas comunidades nuevos ministerios. Con creatividad y libertad de espíritu. Tanto aquellos ministerios que sirvan para la marcha y crecimiento de nuestros grupos, como los que nos abran al compartir y al servir a todos los hombres nuestros hermanos.

* Que todos los ministerios «históricos» —el de la Palabra, el de la Eucaristía, el de la Unidad...— deben transformarse de continuo para poder servir al hombre de hoy. Que no pueden quedarse anclados en formas del pasado, en tantos aspectos con connotaciones abiertamente antievangélicas: poder, autoritarismo...

* Que tenemos que acabar con todos los clericalismos. Fraternalmente; pero de manera valiente y decidida. Conscientes de que la desclericaliza-

ción nos libera a todos: a los que sufren el clericalismo tanto como a los que lo practican.

* Que tenemos que volver a resituar muchas realidades: la comunidad antes que el clero; el creyente antes que el cura; el sacerdocio universal antes que el específico; la vida antes que el culto; Dios antes que el Dios anunciado por los cristianos; el espíritu antes que la ley...

Estas son —insisto— algunas de las conclusiones del análisis de testimonios que hemos realizado en nuestro Encuentro de Ariccia. En ello hemos puesto nuestro empeño y a ello apostamos nuestra vida.

Ahí estamos: RETORNADOS A ESE PUEBLO DE DIOS, LAICO, todo él sacerdotal, sin más sacerdocios reales que el de Jesús. Integrados en lo que podemos y nos dejan. Como adultos a los que se reconoció en su momento un carisma de servicio: el presbiterado. Necesitados de vivir nuestra fe en pequeños grupos de creyentes y disponibles para prestar en ellos las tareas que se nos piden, incluso la presbiteral. Pero convencidos, básicamente, de haber reencontrado un nivel de igualdad y de fraternidad con todos los creyentes, de haber comenzado a romper en la comunidad eclesial fronteras que nada tienen que ver con el Evangelio. Gracias.

(Comunicado al VII Congreso de Teología
Núms. 32-33, 1987.)

TODAS Y TODOS SACERDOTES

No lo olvidemos: en el bautismo nos hacemos todos sacerdotes; y de estos sacerdotes, verdaderamente sacerdotes, alguno es ordenado presbítero por el obispo en nombre de Cristo para el servicio de la Iglesia.

Qué fácil sería explicar estas cosas, aclarando unos términos que no han sido aclarados, de lo que siempre me asombro.

Bastaría decir:

1. todo el pueblo de Dios es un pueblo sacerdotal;
2. todo bautizado es sacerdote;
3. la comunidad tiene necesidad de guías, de pastores, de cabezas, de celebrantes, a los que llamamos «presbíteros», escogidos y ordenados por el obispo para el servicio de todo el pueblo sacerdotal.

Cómo me gustaría que el término de «sacerdote», que dice tan poco, fuese abandonado de una vez para siempre por el término más exacto y maduro de «presbítero».

También yo pasé por esta crisis, y no quise ser sacerdote.

He de decir que por otros motivos; motivos que fueron auténticos signos de los tiempos.

Desde luego, no por humildad. No quise ser sacerdote por razones de apostolado. Yo me formé bajo el pontificado de Pío XII, cuando, impulsados por la Acción Católica, los laicos comenzaban a adquirir conciencia de su dignidad en el servicio de la Iglesia.

La plenitud llegaría con el Concilio.

La Iglesia no era ya una pirámide clerical; era un pueblo de Dios en marcha por el desierto; era una sociedad de fe y de oración, en la que cada uno tenía su puesto; era el misterio de Cristo vivo en la historia; era el pueblo que Cristo se había adquirido con su sangre y al que había transmitido, con su «aliento» en el Calvario, la santidad, la profecía, el sacerdocio.

Era la Iglesia de los tiempos nuevos.

Ha llegado el tiempo, y es el nuestro.

Acaso sea el principio de los últimos tiempos que anunció el profeta Joel:

»Derramaré mi espíritu sobre todo hombre,
Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán,
vuestros ancianos tendrán sueños
y vuestros jóvenes visiones.
Hasta en los siervos y las siervas
derramaré mi espíritu aquellos días» (Jl 3, 1-2).

Los tiempos nuevos son los de Cristo.

El es el único, eterno sacerdote.

Abolido el viejo sacerdocio, en la nueva Alianza es él sacerdote único y eterno.

Pero en su misericordia ha querido asociar a sí a su pueblo, pueblo de adquisición, la Iglesia.

CARLO CARRETTO
(N. 25. 1985)

CON DIVERSOS CARISMAS

LOS CARISMAS EN LA IGLESIA

Es de notar también que nunca se habla de «sacerdotes» en el sentido actual entre nosotros. Si se nombra alguna vez es para hacer referencia a los sacerdotes del A.T., los judíos, o a los paganos, por su dedicación profesional al culto. Ni de Jesús se habla en ese sentido sino en el que su culto fue su vida ofrecida a Dios (Hebreos 9, 11). Referido a los cristianos se habla en el mismo sentido: que su vida sea un culto agradable a Dios. Pero nunca como función específica de unos pocos, y menos aún como cargo cultural y profesional.

La historia de la Iglesia se nos muestra como una permanente tensión entre carisma e institución. El Espíritu ha suscitado siempre nuevos carismas que la Iglesia ha procurado institucionalizar, con lo que muchos han quedado o integrados o aniquilados o desfasados... Basta recordar la historia de las congregaciones religiosas y su evolución del carisma original al institucionalizado...

Ello nos enseña que la fidelidad a la tradición no es mantenerla disecada, sino viva. Los carismas son dones del Espíritu y no hay que tener miedo a que se extingan, ni aferrarse a ellos absolutizándolos como inamovibles. Afortunadamente el Espíritu no se deja controlar, sopla donde quiere y revitaliza continuamente la Iglesia a pesar de que se le quiera enjaular con leyes y dogmas.

Históricamente ha habido un problema, y es que los servicios, funciones y carismas se han ido acaparando por unas personas, además como en propiedad, y se han ido atrofiando en los demás. El paternalismo y el autoritarismo de uno produce la inhibición y pasividad en otros, que no tienen más que recibir, obedecer, escuchar y callar. La división eclesiástica entre clero y laicos delata lo que llamamos clericalismo como un mal profundo y fuente de muchos problemas en la Iglesia. La imagen de «pastores» y «grey» es descriptiva de esto pero no responde a la imagen del «Buen Pastor» del Evangelio, que no es quien sabe mandar, sino quien da la vida por los demás, quien va por delante abriendo camino, arriesgando el primero. Pocas veces nuestros «Pastores» dan esa imagen.

Pasar del esquema clero-laicos al esquema comunidad-ministerios es una clave fundamental para una nueva eclesiología carismática, y ministerial, participativa, corresponsable, igualitaria, fraterna...

La reducción de los «ministerios» a los «ordenadores» es hoy día inadmisibile. El reto de la Iglesia no es sólo renovar esos ministerios ordenados, sino «ordenar» los que de hecho hay: reconocerlos, convalidarlos. Porque los hay y sirven. Claro, que eso rompe esquemas: el ministerio presbiteral como definitivo («in aeternum»), como exclusivo para célibes, profesionalizado, etc., etc.

Podemos también hablar de niveles de amplitud de los carismas:

1. Carismas personales: las cualidades, talentos, facultades, sensibilidad, talante, estilo y «gracia» de cada cual...

2. Carismas comunitarios: cada grupo o comunidad tiene también unos rasgos comunes que más o menos lo definen o identifican. Dentro del pluralismo de la Iglesia, es un hecho: la gran variedad de grupos, ideologías, estilos, prioridades, dedicaciones, etc., que hay; y un **derecho**: el derecho a la propia identidad comunitaria: a ser diferentes, a ejercer un modo peculiar de ser Iglesia, sin someterse a la homogeneidad. La comunión se hace desde la diversidad.

3. Carismas eclesiales en el mundo: la Iglesia tiene funciones, servicios, testimonios... que aportan como dones del Espíritu para la salvación del mundo, para la realización del Reino de Dios (no sólo para servirse a sí misma): evangelización, profecía, compromiso por la justicia, opción por los últimos, por los desechados del sistema, por las «causas perdidas», o no rentables políticamente, etc., etc.

4. Y podemos hablar también de «fuera» o «más allá» de la Iglesia, por cuanto creemos que el Espíritu sopla donde quiere y no se reduce a lo «religioso» o a lo «cristiano-confesional» o institucional... El Espíritu da dones a quien quiere y como quiere. Muchos valores (paz, justicia, solidaridad...) no son específicamente cristianos pero no dejan de ser dones del Espíritu, aunque el que los tiene no los reconozca ni los confiese como tales (aunque lo niegue o lo ignore) (Mateo 25, 37). Pero el creyente sí los puede reconocer y apreciar como dones del Espíritu, y colmular con ellos superando prejuicios y esquemas religiosos. Todos tenemos experiencia de habernos sentido más «en comunión con un no creyente que lucha por la justicia que con otro que se confiesa cristiano y tiene intereses...

Una última consideración: todo el tema de los carismas es ciertamente un reto a nuestra fe, a nuestra imaginación buscadora y creativa. Y también una llamada a la responsabilidad personal y comunitaria: descubrir, reconocer, apreciar y cultivar los carismas propios y los de los demás.

Pero, sobre todo, es un motivo de alegría desbordado, de gozo, de vivir agradecidos al Espíritu, que es el inmenso amor que Dios nos tiene, y que va sembrando la vida de nuevos y sorprendentes dones, cuyo descubrimiento es un permanente y creciente motivo de acción de gracias.



DEMETRIO ORTE

(Núm. 48, 1991)

MINISTERIOS DESDE LA COMUNIDAD

NUEVA IGLESIA Y MINISTERIO

Ante todo, debo empezar por explicar el título de esta conferencia. Cuando hablo de la «nueva Iglesia», no me refiero a la Iglesia que de hecho existe, la que todos conocemos y vivimos, incluso la que todos sufrimos. Al hablar de la «nueva Iglesia», me refiero a la Iglesia que queremos que exista, es decir la Iglesia por la que luchamos y en la que soñamos. Es la Iglesia por la que habéis tomado opciones tan radicales en vuestras vidas, por la que os habéis jugado vuestro prestigio, vuestra seguridad y vuestro futuro.

I. La nueva Iglesia

La nueva Iglesia tiene que ser, ante todo, una Iglesia cuyo centro es la comunidad de los creyentes. Por lo tanto, tiene que ser una Iglesia desclericalizada. Porque el mayor impedimento para que el centro de la Iglesia esté en la comunidad es el clero. En la Iglesia actual, el centro lo ocupa el clero. El saber, las decisiones, la organización, todo depende del clero. De tal manera que por mucho que se hable del laicado y de la mayoría de edad de los laicos, la pura verdad es que los clérigos son los que tienen los poderes, la sabiduría y la organización. Ahora bien, esto reduce a los laicos inevitablemente a la pasividad y a la dependencia. Una Iglesia clericalizada no puede ser una Iglesia renovada, porque será siempre una Iglesia en la que la comunidad es prácticamente imposible. Porque hay comunidad donde hay corresponsabilidad y coparticipación. Pero en una Iglesia clericalizada todo eso es prácticamente imposible.

Para comprender lo que acabo de decir hay que tener en cuenta que una cosa es el clero y otra cosa es el ministerio.

El ministerio es el carisma de presidencia que el Espíritu concede a determinadas personas en la comunidad. Este carisma es reconocido y aceptado por toda la comunidad y sancionado oficialmente mediante la imposición de manos del obispo, según la tradición más antigua de la Iglesia desde sus comienzos. El ministerio no debe acumular, ni monopolizar los demás carismas que legítimamente el Espíritu suscita en la Iglesia. Menos aún debe marginar o anular la vida de la comunidad, de la manera que sea. Por eso, en la comunidad deben existir otros carismas y ministerios, especialmente los de profecía y magisterio, según nos consta por la vida de las primeras comunidades, según lo que atestigua el Nuevo Testamento.

El clero es el resultado de la evolución del ministerio. Esta evolución fue larga y tardó más de setecientos años en cuajar.

El resultado de todo este lento proceso fue el clero: un grupo privilegiado dentro de la Iglesia, con la exclusividad de los poderes sacramentales (eucaristía y penitencia), según la teología de la Edad Media, sancionada definitivamente en Trento. Este grupo privilegiado anuló los demás carismas, especialmente los de profecía y magisterio (desde los siglos III y IV), se constituyó en centro de la Iglesia, y terminó por marginar al resto de los fieles, que quedaron como simples consumidores de los servicios religiosos que les proporcionaba el clero.

La segunda característica, que se tiene que dar en la nueva Iglesia, es que se trata de una Iglesia cuyo proyecto fundamental es el proyecto del Reino de Dios. Esto quiere decir que la nueva Iglesia tiene que ser una Iglesia descentrada, es decir una Iglesia no centrada en sí misma, sino centrada en el proyecto del Reino. La Iglesia actual es una Iglesia centrada en sí misma. Es una de las características fundamentales del papa Wojtyła. Porque este Papa está convencido de que el bien del hombre y el bien del mundo es el bien de la Iglesia. Por eso, según el Papa actual, todo lo que es bueno para la Iglesia es bueno para el mundo y para los hombres. De ahí que esta Iglesia es una Iglesia centrada en sí misma, no centrada en la causa del Reino, que es la causa de los pobres y marginados.

II. El ministerio para la nueva Iglesia

Pues bien, dicho esto, lo primero que tenemos que defender es que si queremos una Iglesia nueva, necesitamos ante todo un ministerio que deje vivir a la Iglesia, que la deje ser ella misma, que no se imponga a la Iglesia, que no sea el amo, el padre, el señor, según las exigencias fundamentales de Jesús en el Evangelio (cf. Mt 23, 8-9). De ahí la importancia de que el ministro sea un ciudadano más, que permita que junto a él haya otros que toman iniciativas y asumen responsabilidades. Ahora bien, todo esto quiere decir que la primera cualidad que ha de tener el ministerio de la Iglesia es el respeto radical a la comunidad. Por lo tanto, su tarea primera ha de ser fomentar la comunidad, fomentar responsabilidades, iniciativas, ministerios diversos, participación de todos.

Esto supuesto, la segunda cualidad que se le exige al ministro de la nueva Iglesia es que sea una persona no centrada en lo eclesiástico y menos aún en lo clerical, sino centrada en el proyecto de la liberación de los pobres. Por lo tanto, tiene que ser una persona con un talante y una mentalidad social muy aguda. Y tiene que ser, además, una persona que no tema mancharse las manos en los compromisos por la justicia.

La conclusión que se desprende de todo lo dicho es que el modelo de ministerio que hoy necesitamos es un ministerio profético. Todo lo demás es secundario, de todo lo demás podemos prescindir.

De lo que no podemos prescindir es del talante profético del ministerio. Y tiene que ser un ministerio profético en una doble dimensión: profético ante la sociedad y profético ante la misma Iglesia.

JOSE MARIA CASTILLO
(Número 41, 1989)

IGLESIA SIN CLERIGOS

COMUNIDAD-MINISTERIOS-IGLESIA

EL CENTRO DE LA IGLESIA ES JESUS

Esta afirmación es tan evidente que nadie se atrevería a decir otra cosa. Pero, en la práctica, se niega y se tuerce totalmente. Efectivamente, la Iglesia se ha organizado de modo que su centro está en el Papa a nivel universal; a nivel diocesano el centro es el obispo; a nivel parroquial su centro es el Párroco. Eso indica que, en la práctica real y no en la teoría, el centro de la Iglesia está en el clero.

LA IGLESIA ES UNA SOCIEDAD ORGANIZADA

Por voluntad de Dios la Iglesia no es una organización ácrata. A su naturaleza misma pertenece que existan funciones o ministerios.

Tales ministerios no se pueden entender ni realizar según los modelos de autoridad de este mundo, porque se trata de servicios en el sentido más estricto de la palabra.

Según nuestra tradición más antigua, estos ministerios son múltiples y variados, es decir, no se pueden re-

ducir sólo a obispos, presbíteros y diáconos.

Tal reducción es un empobrecimiento para la Iglesia y sería deseable que las comunidades recuperasen su libertad para crear aquellos ministerios y servicios que necesite para cumplir su buen funcionamiento.

EL EJE DE LA IGLESIA NO ES LA JERARQUIA

La Iglesia no tiene su centro en la jerarquía, sino en el pueblo creyente, el Pueblo de Dios, la comunidad toda.

Lo que Jesús instituyó fué una comunidad estructurada, una comunidad toda santa, sacerdotal, profética, misional y apostólica, dotada de una diversidad de ministerios dentro de ella.

De estos ministerios, unos son libremente provocados por el Espíritu y otros ligados a la institución por la imposición de las manos.

La Iglesia es esencialmente una comunidad, un pueblo en el que todos sus miembros tienen que ser activos y responsables. Cada uno en su papel y en su puesto en orden a cumplir la

misión profética propia de la comunidad cristiana en el mundo.

SOLO EL CLERO ES PROTAGONISTA

De manera que el Pueblo de Dios o «congregación de todos los creyentes» (Lumen Gentium, 9,3) sigue siendo la masa de bautizados que ha de pensar como piensa el clero, aprender lo que le enseña el clero y comportarse como el clero dice que hay que comportarse. En teoría, pues, se puede afirmar que el protagonista de la Iglesia es el Pueblo de Dios o la comunidad. En la práctica, el protagonista es —como toda la vida lo ha sido— el clero. El clero tiene el protagonismo del saber, el protagonismo santificador y el protagonismo del mando.

El protagonismo del clero en estos tres ámbitos (saber, culto y gobierno) trae consigo una consecuencia fatal: la comunidad se hace prácticamente imposible en la Iglesia.

UNA IGLESIA SIN SACERDOTES

Según el Nuevo Testamento, la Iglesia primitiva aparece por todas partes como una Iglesia sin sacerdotes. En las listas de carismas y de ministerios nunca se menciona a los sacerdotes de aquellas comunidades.

- Nunca se menciona el término «Hiéreus» (sacerdote) al hablar de los dirigentes se habla de templos ni de santuarios a los que tales dirigentes estuviesen adscritos.

- Nunca se mencionan leyes rituales, ni una pureza legal, ni unos rituales de ceremonias que cumplir, ni un celibato obligatorio que guardar.

O sea que al leer el Nuevo Testamento nos encontramos con que la palabra «sacerdote» no es aplicada nunca a las personas que actualmente son designadas en la Iglesia con ese nombre. Esa palabra se emplea para hablar de los sacerdotes del A.T. (Mc. 1,44; 2,26; Lc. 1,5), de Jesús Mesías en la Carta a los Hebreos y de todos los cristianos sin distinción (IPe. 2,5; Ap. 1,6; 5,10; 20,6).

El único sacerdocio válido es el sacerdocio de Cristo. Lo cual quiere decir que el único camino de acceso a Dios es la persona y obra de Jesús. De manera que hoy día es posible el acceso a Dios en la medida en que cada hombre se acomoda y se ajusta a la persona y mensaje de Cristo.

El sacerdocio de Cristo no es un sacerdocio ritual, sino existencial, porque Jesús no ofreció un rito ni una ceremonia, sino su propia existencia. Lo que quiere decir que las personas no se acercan a Dios porque ejecuten exactamente unos determinados rituales, sino porque se entregan a la tarea de seguir a Jesús.

Todos los cristianos son reconocidos como un sacerdocio santo en cuanto que, gracias a Cristo, tienen ya libre acceso a Dios, viviendo en sus propias personas lo que fue el destino de Jesús y celebrando sacramentalmente el acontecimiento de Cristo salvador y liberador.

SACERDOCIO GENERAL Y SACERDOCIO MINISTERIAL

¿Qué pasa, pues, con el sacerdocio?

¿Queda anulado por el sacerdocio general de todos los cristianos?. No. Aunque sí habría que suprimir el

término «Sacerdocio» y «Sacerdote» y sustituirlo por el término «Diakonía» o servicio pastoral, o servicio ministerial. Sería más adecuado al espíritu del N. T.

Ninguna comunidad se rige a sí misma: necesita el servicio de la autoridad. La autoridad de los pastores dirigentes no proviene de la comunidad, sino del Señor, como se desprende de Efesios 4,11: «Y así, fue él quien dio a unos como apóstoles, a otro como profetas, a otros como evangelistas, a otros como pastores y maestros, con el fin de equipar a los consagrados para la tarea del servicio, para construir el cuerpo del Mesías».

El Evangelio no se dirige sólo al individuo, sino a la comunidad, donde los creyentes oyen juntos la Palabra, reciben el Bautismo y el Perdón y participan de la Eucaristía. Palabra, Bautismo, Perdón y Eucaristía están referidos a la comunidad y esto exige el servicio especial de algunas personas especialmente llamadas al servicio público de la comunidad. El cristiano particular está remitido directamente a su prójimo, que necesita de su servi-

cio sacerdotal. Pero el servicio ministerial está referido a la comunidad como tal, que necesita de dirección.

Todo cristiano está habilitado para predicar la Palabra, dar testimonio de la fe en la Iglesia y ante la sociedad y realizar la «misión». Pero quien recibe el servicio ministerial está autorizado además para predicar especialmente en la Asamblea de la comunidad. Todo cristiano puede y debe dar el perdón a otro, pero sólo los pastores realizan el servicio de la reconciliación dentro de la comunidad en sí. Todo cristiano está habilitado para tomar parte activa en el Bautismo y en la Eucaristía; mas solamente quienes han sido nombrados para el servicio ministerial tienen autoridad especial para administrar públicamente el Bautismo en la comunidad y dirigir responsable y servicialmente la Cena del Señor.

ESTEBAN TABARES

(Núm. 51, 1992)

IGLESIA DE ROSTRO HUMANO

QUE IGLESIA

NUESTRA SOCIEDAD

- Es una y plural
- Es posmoderna y creativa
- Es ex-resistente acrítica
- Es neoliberal, economicista e insolidaria

NUESTRA IGLESIA

- Es una y plural
- Es cerrada y mirando atrás
- Es pseudoecuménica y dividida
- Es preconciliar y represiva

POR UNA IGLESIA DE ROSTRO HUMANO

1. *Retorno a las fuentes Bíblicas*

Hay que volver al origen del planteamiento eclesial, porque sólo así puede redimensionarse la acumulación de los materiales históricos. Cada época tiene el deber de actualizar su propia escala de valores partiendo de la levadura del evangelio. El Nuevo Testamento, hogar común de los creyentes, guarda los modelos de creatividad. Un teólogo del país nos da hecha la síntesis, del cual extraemos los elementos que ahora interesan.

Seleccionamos tres modelos mayores de comunidad de los diversos que existen en el N. T.:

a) Comunidades paulinas: Este modelo se halla explicitado en Tesalónica y Corinto, en donde predominan los carismas. La comunidad se construye desde abajo, desde la persona y sus dones particulares. El lema distintivo de este modelo comunitario puede ser la exhortación del apóstol: «No extingáis el Espíritu; no ahoguéis las profecías» (1Te 5,19). Hay que confiar en las personas y en la libertad como tarea. La comunidad va haciéndose ella sola, impulsada por el viento del Espíritu.

b) Comunidades de los Hechos de los Apóstoles: Sobresalen dos variantes: la primera —Jerusalén— se adapta al medio judío con su consejo presbiteral; los apóstoles convocan la asamblea, ésta elige los diáconos (Hechos 5,6). La segunda variante —Antioquía— es una comunidad misionera creadora de nuevas comunidades, donde «designaban presbíteros» (Hechos 14,23). La síntesis indica una gran flexibilidad para adaptar cualquier modelo organizativo preexistente, mientras conserve el impacto democrático y proyecte la comunidad hacia el testimonio evangelizador.

c) Comunidades de las Cartas Pastorales: El ministerio va vinculado a la tarea de vigilancia de la doctrina (ITm 1,3 «doctrinas extrañas»). Debido a la doble circunstancia histórica: peligro externo —primeras persecuciones— y peligro interno—primeras desviaciones doctrinales (docetismo, gnosticismo), —estas comunidades tienen un fuerte predominio jerárquico. La circunstancia histórica, empero, no puede constituir nunca la infraestructura de una comunidad, únicamente indicar las condiciones de actuación.

2. Evolución de la historia

Y ahora veamos qué aporta de positivo la evolución histórica a cada uno de los planteamientos fundamentales de Iglesia. Al modelo carismático paulino, aporta la certeza del influjo del Espíritu Santo en toda circunstancia necesitada de un golpe de mano especial. Tal es el caso del monaquismo en oriente y occidente durante el Bajo Imperio y los tiempos del románico; el caso de los órdenes mendicantes durante los siglos del gótico; el caso de las congregaciones e institutos regulares desde el Renacimiento acá.

Al modelo Hechos de los Apóstoles, la historia aporta una acción misionera de alcance mundial a lo largo de todos los siglos, con el correctivo quizá de una mayor inculturación. Al modelo Cartas Pastorales, la evolución aporta la garantía de la investigación teológica, de la cual Tomás de Aquino es paradigma de síntesis entre la osadía del intelectual y la fidelidad del Creyente.

3. La tarea presente

La tarea que incumbe a todos los que nos sentimos Iglesia es la de potenciar pa iglesia-comunidad de las fuentes neotestamentarias con aportaciones que hoy sean noticia y haciendo socialmente operativo aquel eslogan de Pablo VI: La Iglesia es la voz de los sin voz. Las características que emergen al hacer la experiencia de iglesia-comunidad hacen recomendable esa vía en nuestro tiempo «socializante», de olvido de la dimensión personal. Por lo demás, será legítima toda otra forma de presencia neumática.

a) Comunidades de base personal: Son comunidades reducidas donde las personas no llegan a perder su identidad; comunidades de signo horizontal o democrático, donde los ministerios sólo son funciones, y donde las personas son el centro de interés eclesial. Pertener a una pequeña comunidad es una manera moderna de insertarse en la gran comunidad, empezando por la personalización de la fe bautismal. A partir de aquí, cualquier tipo de agrupación —en el sentido de «dos o tres reunidos en mi nombre» (Mt 18,20) —constituye ya una célula de

iglesia. Asimismo, los que trabajan en grandes comunidades tienen que hacer el factor persona. Tal es el camino estructural.

b) Comunidades de praxis: Son comunidades centradas en la vivencia, en la ortopraxis. La liturgia es su núcleo operativo; y hasta el «credo» surge de la vida de fe, siendo «inteligible» y un referente práctico. Persona y comunidad crean un espacio sagrado y cultivan un cierto ritual flexible para llegar al símbolo, el lenguaje teológico por excelencia. Liturgia es vida.

c) Comunidades sacramento: La liberación es gratuita, empieza inesperadamente, como le ocurre al buen samaritano. Consiste en no pasar de largo ante ningún signo y realizar todo lo que está al alcance de cada uno y de cada grupo. De otro modo las comunidades no serían sacramento, y lo son. La práctica liberadora actúa a través de los carismas personales y a través de los gestos y actuaciones intercomunitarias como signo de catolicidad. Cual profetas del V. T. y apóstoles del N. T., cada miembro es un profeta y un apóstol, que tiene que «pasar haciendo el bien» en la línea del testimonio.

CONCLUSIONES ESLOGAN DE MOCEOP-MINICEL

El programa de una iglesia renovada desde la base es el término al que tendemos como colectivo. Sin embargo, para esbozar la nueva senda que conduce al objetivo último, hace falta empezar por realizar unos pasos concretos de significación simbólica.

Dos signos del tiempo eclesial se alzan hoy con fuerza; el derecho inalienable del sacerdote a elegir su propio estado de vida, hecho que configura un nuevo modelo de sacerdocio masculino impregnado de experiencia paternal, y el derecho de la mujer a ejercer eclesialmente su plenitud sin ser discriminada por el hombre, lo cual configura el sacerdocio femenino: un sacerdocio enriquecido de sentimiento y de humanidad maternal. En conjunto, un nuevo sacerdocio antropológico dual, el sacerdocio de hoy.

En línea con todo lo que precede, Moceop/Minicel no pide ni espera concesiones desde arriba. Pues los derechos no se conceden: los derechos se ejercen responsablemente.

De esta manera tan simple la iglesia llega a ser modelo de comunidad: una comunidad de iguales, una comunidad fraternal.

MINICEL
(Cataluña)
N. 53. 1992

* * *

PROFESION DE FE

Creemos en Dios, Padre, Madre, Esposa, Hermano, Hermana, Amigo y Amiga que está en el cielo, en la tierra y en cada uno de nosotros.

Ha puesto en nuestras manos el mundo, para que, haciéndolo tierra de todos, no haya pobres y ricos, sabios e ignorantes, explotadores y explotados.

Creemos en Dios, fuente de toda vida y más allá de todos nuestros progresos. A imagen suya nos hizo. Hombre y mujer nos creó. Todo es del hombre y de la mujer y los dos son de Dios y hacia Dios.

Creemos en Jesucristo, Icono y Fuerza de Dios, Hermano Universal, que nos convoca a la comunión solidaria con todos y todas. Él vivió para los demás, luchó contra todo mal donde lo encontraba y compartió nuestra suerte, la suerte de los pobres, para abrirnos un horizonte de dignidad y alegría.

Ante su vida, muerte y resurrección entendemos que hemos de continuar su causa, para que su esforzada venida no sea inútil por el miedo de unos, el egoísmo o la pereza de otros.

Creemos en Jesucristo vivo y presente aquí, entre nosotros, liberándonos de nuestros miedos y defensas, animándonos a hacer de este planeta la casa de los hijos de Dios.

Creemos en el Espíritu que por Jesús ha venido al mundo. Espíritu que sopla donde quiere y lleva adelante la Acción y la Obra comenzada. Gracias a Él somos capaces de hacer, junto con nuestros hermanos y hermanas, que esta tierra deje de ser un país del llanto y un valle de hambre y violencia, para convertirse en la ciudad libre de Dios, en un pueblo sacerdotal y de reyes.

Creemos que la paz, como la quiere y da Jesús, es posible si amamos la justicia.

Creemos en el gozo de vivir del día en que abramos nuestros corazones y nos demos las manos.

Creemos que este mundo tiene un mañana radiante en Dios.



MO-CE-OP

«Tiempo de Hablar»

Apdo. 39.003. Madrid 28080

DECALOGO DE OPCIONES SUBYACENTES

- I. **Reivindicamos**, pero queremos ir «más allá de la reivindicación».
- II. **«La fuerza está en los hechos**. Apelamos a la vida: es nuestra práctica, iluminada por la reflexión y la Teología, por supuesto, la que va impulsando un cambio.
- III. La comunión no se identifica con la legalidad. Aceptamos vivir y trabajar desde la **marginalidad**; pero luchamos contra la desaparición, **contra la marginación impuesta**.
- IV. Queremos apostar en todo este tema «desde la radicalidad» del Evangelio, más allá de la ley y la costumbre, a la búsqueda de lo originario.
- V. Buscamos unos «ministerios de la comunidad» que estén al servicio de los hombres y de las mujeres de hoy como la única forma de servir, evangelizar y dejarnos evangelizar.
- VI. **«Apostamos por la vida»**. Frente a idealizaciones e ideologías, frente a escapismos y claudicaciones.
- VII. No queremos vivir los procesos de «secularización» como una «reducción al estado laical», sino como **un retorno a la común y originario**.
- VIII. La ruptura con el clericalato aproxima a lo ecuménico, a la **«pluralidad»** de la vida: ayuda a huir de la tentación de la sinagoga.
- IX. Queremos servir **«desde la libertad»**, como signo de plenitud humana y de disponibilidad no mediatizada por imposiciones legales discriminatorias.
- X. Exigimos y nos comprometemos a que se **«resitúe lo femenino», en nuestra vida y en nuestras comunidades, en nuestra iglesia**; a que no se pongan límites a los cuestionamientos que a todos y a todas plantea una presencia de la mujer en la igualdad complementaria que Dios quiso.